Revista Axxón

Ciencia Ficción en Bits

245

Axxón 245 – agosto de 2013

- **Editorial:** Juntarse, Dany Vázquez, Axxonita
- **Ficciones:** La última gran batalla, Juan Manuel Valitutti
- **Ficciones:** Ataun, Guillermo Echeverría
- **Ficciones:** Muerte en la pulpería, Eduardo Poggi
- **Ficciones:** Encallado, Néstor Toledo
- **Ficciones:** El hombre del sigilo, Pé de J. Pauner

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 245

ARGENTINA

Los creadores, esa extraña cepa de gente que dedica parte de su vida —no importa cuánto— a externalizar y a compartir de muy variadas formas sus *desviaciones del estándar*, sus ideas y sentimientos, son tan diferentes entre sí como sus creaciones.

Hay quienes ven al artista como alguien que crea en soledad, simplemente acompañado por el soplo de sus musas o el aliento de sus demonios. Hace bastante yo lo veía así, cuando ingenuamente aporreaba máquinas de escribir y garabateaba en papeles sin tener la más vaga idea de lo que se creaba a mi alrededor. Sin embargo pronto supe que esa era una visión inexacta, tal vez porque tuve la suerte de juntarme lo suficientemente temprano en mi vida con personas que me enseñaron que juntos es más fácil, que el intercambio es fructífero, y que así es posible crecer en mejor forma.

A mí me pasa lo siguiente: hay veces que con ese estímulo quizá mágico de musas y demonios me alcanza para que se disparen los gatillos de la creación. Pero, al menos en lo literario, imagino imposible llegar a algún resultado interesante sin una contaminación por parte de mis congéneres. No quiero decir con esto que la obra deba ser colectiva, pues la creación es un acto íntimo y muchas veces hasta visceral. No obstante, siento muy difícil que pueda rozar un piso de calidad sin el *feedback* de mis pares. Es ese intercambio el que sazona nuestras obras, y no conozco caso alguno donde no haya lugar para una pequeña modificación o comentario. Y si esto fuera posible, de cualquier manera toda obra está atada a un marco, definida por capas y capas de escrituras y reescrituras anteriores, de los

más variados orígenes, marcada por los inventos previos de un largo pedigrí de fabuleros consagrados. Me parece inverosímil crear desde la nada absoluta, pues antes y durante soy un animal social, lector y espectador: ya estoy marcado por la creación de otros y por mi bagaje cultural, intelectual y artístico. Esa influencia es tan innegable como la danza gravitacional entre los cuerpos celestes.

Ese pasado nos llega de dos maneras: por la absorción del mismo a través de la lectura —o equivalente, según el medio— o a través del intercambio entre creadores.

Por eso considero que juntarse es importante. Incluso charlar sobre cualquier cosa es a veces estímulo suficiente para que las ideas fluyan, y para descubrir en otros la chispa de la creación. Por eso es valiosísimo que existan tertulias, talleres y clubes y grupos de lectura. Y publicaciones, claro. Siempre es importante juntarse personal o virtualmente, y estar en contacto con autores, lectores y otros directores y editores forma parte de nuestro día a día.

Todo lo que ustedes ven en estas páginas es el producto del trabajo enorme y de hormiguero de personas que se juntan de una u otra forma con la esperanza de que así el camino de la creación sea más transitable, desde los miembros del staff a los artistas que aquí presentan sus obras. Espero, de corazón, que este tramado de ideas y talento les resulte agradable.

Y, si es posible, que los invite a juntarse con nosotros o entre ustedes para compartir estos mundo o crear otros nuevos.

La última gran batalla

Juan Manuel Valitutti

ARGENTINA

Ilustración: M. C. Carper

*E*l llamado del cuerno…

Extendiéndose por el valle y la cuesta montañosa.

La niebla deja paso a los que marchan.

Son los guerreros que van a entablar la última gran batalla.

El abuelo mira por la ventana de nuestro hogar.

—Es el cuerno —dice.

Lo ha estado oyendo desde hace años.

La primera vez fue en su juventud; tenía mi edad, más o menos. Era apenas un mozalbete a quien sus ínfulas de atrevido varón lo empujaban a vanagloriarse ante cualquier eventualidad. Corría el riesgo, y eso era todo. Más y más fama; más y más admiradoras; más y más envidias, y prestigio, y naderías.

Pero, una vez, llamó el cuerno. Y todos en el pueblo supieron que se avecinaba una tormenta.

—¡Son los hombres de Günderl! ¡Van a enfrentar a los Caballeros Oscuros y a sus huestes de monstruos abismales!

Y llegaban los mensajeros, para transmitirles a los habitantes del pueblo lo que todo el mundo sabía:

—¡Están reclutando, están reclutando!

—¿Qué quieren? —preguntaban los pobladores a los correos, aun sabiendo cuál sería la respuesta.

—¿Hay diferencias? —respondían los interpelados—. ¡Viejos y jóvenes! ¡Enanos o gigantes! ¡Granjeros o poetas! ¡Cualquiera que pueda enristrar un escudo y enarbolar una espada!

—¡Ah! —Jóvenes y viejos, enanos y gigantes, poetas y granjeros asentían y decían—: ¡Iremos!

—¡Vamos a morir con los hombres de Günderl! —vociferaban los granjeros, y se sumaban a las filas que pasaban.

—¡Expiremos con el postrero verso en la boca! —sugerían los poetas, y se sumaban a las filas que pasaban.

—¿Cómo? —rugían al unísono los ufanos enanos y los malhumorados gigantes—. ¿Se atreven a darnos la espalda? ¡Vamos por el botín! —bramaban, y abandonaban sus yunques para enfilarse.

Y todos desaparecían en el horizonte, y la llamada del cuerno se apagaba por la cuesta montañosa, por el negro valle, hasta que se perdía finalmente tras un manto de niebla.

—Pero… ¿y tú, abuelo? —preguntaban los niños—. ¿Tú no fuiste a la última gran batalla, como el resto?

El abuelo se volvía a medias y, por toda respuesta, emitía un gruñido.

—¡Vamos, niños, vamos! —intervenía yo—. El abuelo quiere estar solo, y ustedes tienen mucho que hacer, ¿no es así?

En seguida los empujaba hasta la puerta del cuarto, mientras algún que otro pequeño todavía susurraba:

—¿Mamá? ¿Por qué el abuelo no fue con ellos a la gran batalla?

Yo arrastraba al rezagado tironeándolo de la oreja, aunque sabía que las palabras del bribón habían quedado resonando en la cabeza del viejo.

Cuando volvía a la sala, el abuelo me enfrentaba:

—¿Recuerdas a Ilwen, el gigante leñador? ¿Y a Mostan, el aprendiz de brujo? Los dos me llamaron ese día, poco antes de sumarse a las filas que pasaban. Yo no fui con ellos, ¿no es cierto? Los vi alejarse con el resto del batallón. Se fueron Galwyn y Nord y Rutens y Shem: los más jóvenes del pueblo, y los más aguerridos, y los más briosos y valientes y apasionados… Yo… ¡Yo no fui con ellos, no!

Y ante mi silencio, continuó:

—Me los quedé mirando, claro… Ilwen fue el último en alejarse; ese gigante bondadoso me sonreía, invitándome a sumarme al grupo; me esperó hasta el último minuto, y cuando se fue, convencido al fin de que yo no me uniría a ellos, ¡aun así no había abandonado su sonrisa!

El viejo se silenció, y desvió la vista de la ventana.

—Hubieras muerto, como ellos —aventuré yo, y me lo quedé mirando—. No hubieras visto crecer a tus hijos, ni a tus nietos…

—¡Bah! —se quejaba el viejo—. ¡Te aferras a las limitaciones de esta carne! —decía, y se tanteaba el pecho—. ¡Por supuesto que los hubiera visto crecer, aunque mi ser visible no estuviera presente!

Unos golpes en la puerta separaron al viejo de sus cavilaciones. Yo atendí al llamado.

—¿Qué quieren ustedes? —dije, observando a los chicos de pastoreo—. ¿No trabajan hoy?

Los dos muchachitos me miraron con sus gorras en las manos.

—No podemos ir, señora —barbotaron—. ¡No haríamos bien nuestra tarea!

—¿Tarea? —reía yo—. Su tarea consiste en quedarse dormidos de cara al sol, mientras el rebaño pace tranquilamente.

A mis espaldas estalló una risita.

Me volví.

—¿Y a ti qué te pasa?

El abuelo me miraba con indulgencia.

—Los chicos no harán bien su tarea —se explicó—, porque los perros no los ayudarán a mantener a raya el rebaño.

—¿Los perros? —pregunté—. ¿Qué pasa con los perros?

Uno de los pastores, gorra en mano, se adelantó.

—¡Señora! —dijo muy alterado—. ¡A los perros les pasa algo!

—¿De qué hablan? ¡Explíquense!

La voz, a mis espaldas, retomó la palabra.

—Los perros huelen la muerte, jovencita… —El viejo me miraba con una sonrisa en el semblante ceniciento.

—No entiendo —dije.

—¿Recuerdas aquella mañana, cuando los reclutas se alejaban para sumarse a las filas de Günderl? Los perros sabían que se avecinaba una tormenta, y que muchos de aquellos valientes no volverían… —El viejo concentró la mirada en el panorama que le ofrecía la ventana—. ¡Los perros olían la muerte, que llegaba con sus pasos lentos e implacables, como la huelen ahora!

Estaba a punto de replicar, cuando me interrumpió un alborotado ruido de pasos alejándose a todo correr.

Cerré la puerta, enfadada.

—¡Esos dos truhanes salieron corriendo como almas condenadas! —dije.

El viejo reía de buena gana. Hacía años que no lo veía de tan buen humor.

—Están un poco tiernos como para que la Dama repare en ellos, ¿no te parece? ¡Déjalos que corran!

Me acerqué al abuelo y lo miré preocupada.

—Me asustas —susurré—. ¿Por qué hablas así?

—Porque se aproxima la tormenta, Kara —dijo el viejo, llamándome por mi nombre—: ¡La última gran batalla!

—¿La gran batalla? ¡Fue hace años, viejo! —Me crucé de brazos, más asustada que molesta.

—¡Oh, no, Kara! Eso fue el preámbulo, la apertura de la Gran Sinfonía. —El viejo volvió a mirar por la ventana—. ¡Silencio, escucha! ¿No oyes los tambores? ¿No te roza lastimero el son dulce de la muerte? —El viejo entrecerró los ojos—. ¡Escucha, Kara, oh, escucha! El redoble de los tambores, la marcha de los valientes… Es trepidante, ¿no es cierto? Sus corazones están henchidos de alegría, ¡y saben que van a morir! Su paso resuena en lontananza, ¡y saben que van a morir! ¡Oh, mira! ¿No son hermosos? ¿Te atreverás a volverles el rostro, Kara, a darles la espalda? —El viejo me miró con ojos exaltados—. ¿Qué harás, dime…, cuando llamen a la puerta?

—¡Basta! —Le volví la espalda y me zambullí en el cuarto de los niños—. ¡Suficiente!

El viejo estalló en una prolongada risotada.

—¡Ya viene la Noche, niña! —anunció, y volvió a reírse, a mandíbula batiente.

***

Era muy entrada la noche.

Las lunas trazaban su recorrido en el horizonte estrellado.

Yo daba vueltas entre las sábanas. ¿Cómo conciliar el sueño?

Me levanté de mi catre y, en puntas de pie, abandoné el cuarto de los niños.

Salí al exterior. Me sentía enfebrecida, pletórica de imágenes que ofuscaban mi espíritu. Tengo la garganta seca, pensé. Llegué al pozo de agua y sumergí la cubeta en el negro agujero. Me asaltó un frío profundo, un frío

que no parecía provenir del etéreo, sino de mi propio ser. ¡Un frío que calaba los huesos y me atravesaba el alma con la furia del acero!

Me apresuré a elevar la cubeta. Presentí que el frío que me había invadido era una advertencia, una suerte de llamado que me anunciaba la inminencia de un desastre.

La cubeta se trabó. Tiré de la cuerda engrasada, pero la polea no giraba: la carga, de pronto, se me antojaba enormemente pesada, como si una mano la atrajera hacia abajo, entorpeciendo el ascenso.

Maldije…

¡Y algo me maldijo a mí!

Instintivamente miré mis manos, sujetando la cuerda por encima de mi cabeza, y, luego, bajé la vista, siguiendo el trazo de la soga, que se perdía tramo a tramo en la boca del hoyo a oscuras.

Creí oír el agua allá abajo, y pensé que me había engañado. ¡Tonta!, me dije, y me reí, tal vez para darme fuerzas.

¡Entonces la maldición llegó a mis oídos nuevamente!

Sólo que esta vez no había confusión posible: provenía del averno del pozo.

—¡Quién va! —Sentía que me desmayaría en medio del silencio que siguió a mi aviso; pero el mismo instinto que antes tratara de ponerme en guardia me sostuvo con el último vestigio de mis fuerzas.

¿Cómo describir lo que pasó?

La cuerda, en mis manos, enloqueció. Se movía como una serpiente al acecho de su presa, zigzagueando frenéticamente, mientras sentía que algo la tironeaba hacia abajo. Al mismo tiempo un rugido animal, lindante con lo demoníaco, surgió a borbotones del pozo.

Mis manos soltaron la soga. Se oyó el ruido de un peso al caer, no ya de la cubeta, sino de algo mucho más grande… y *vivo*. ¡Algo horrible surgido de la entrañas de la tierra había intentado reptar por la soga para ingresar a mi mundo!

Me alejé del pozo, echando furtivos vistazos por sobre mi hombro, quizás a la espera de que una mano descarnada se cerrara sobre el brocal, seguida de

cerca por una boca de afilados dientes.

Llegué a la puerta de mi hogar, entré…

¡Y mi corazón se detuvo!

¡Un anillo de luz envolvía al viejo!

Un anillo de figuras altas se cernía sobre el viejo, y las figuras se inclinaban y le susurraban sus secretos al oído.

Creo que una de estas figuras se desentendió del viejo y giró su rostro espectral hacia mí. Contuve un grito, mientras mi mano crispada se cerraba sobre mi pecho.

Las demás figuras, como impelidas por la primera, se volvieron a su vez y clavaron sus cuencas vacías en mi persona.

Cerré los ojos, y volví a abrirlos.

Las figuras se habían desvanecido. En su lugar, sentado en su silla, el viejo ensayaba una de sus mejores sonrisas.

—¡Qué tal, niña! —me saludó.

—¡Cierra las ventanas! —ordené yo, y me lancé sobre los ojos de buey—. ¡Atranca las puertas!

—¿Para qué? —La consternación más genuina aparecía reflejada en el rostro del viejo.

—¡Algo surgido de la tierra quiso atacarme! —vociferé.

—¡Los monstruos abismales de los Caballeros Oscuros! —El viejo asentía—. ¿No te lo había dicho yo, niña?

—¡Y quisieron atacarte a ti, viejo tonto! —dije, al tiempo que apuntalaba cuñas bajo la puerta principal—. ¡Yo los vi!

El viejo soltó una risa por completo exuberante.

—¿Atacarme? ¿Y te dices buena observadora? ¿No reconoces a Ilwen, a Mostan, a Galwyn, y a Nord y a Rutens y a Shem? ¡Es decepcionante, niña! ¡Muchos de ellos te tuvieron sentada sobre las rodillas!

Me volví, pensando contestar lo que creía una jugarreta del viejo… ¡Desde entonces me estremezco cada vez que rememoro los hechos!

¡Ahí estaban otra vez! ¡Seis figuras rodeando al viejo! ¡Seis fantasmagóricos semblantes con sus ojos de niebla!

Eran elegantes y esbeltas, salvo, quizás, la que permanecía a un costado, silenciosa…

Era tosca, muy corpulenta… ¡y parecía sonreír!

—¡Ilwen! —exclamé.

Me adelanté con los brazos extendidos, pero, en ese momento, sobrevino lo inesperado: el piso bajo mis pies cedió, como si una fuerza armada con uñas y dientes carcomiera rabiosamente los pilares de la casa.

Llamé al viejo con un hilo de voz, y vi que él hacía otro tanto, mientras atinaba a extenderme una mano que nunca alcancé. En torno suyo, las esbeltas figuras sacaban a relucir sus espadas, escudos y hachas, al tiempo que adoptaban una posición de combate, su vista nebulosa clavada en las innúmeras garras que sacudían y tajeaban la madera sobre la que resistían.

Cerré nuevamente los ojos…

¡Y los abrí!

Estaba en mi cama.

A mi derecha los niños dormían.

Los ojos de buey aparecían descubiertos y, tras los tranquilos visillos, las lunas completaban su peregrinaje nocturno.

¡Qué terrible pesadilla!, me dije.

Tenía sed. ¡Oh, tenía mucha sed!

Me levanté, me abrigué y salí a la noche.

Me dirigí al pozo de agua. Tomaré un poco de agua y me meteré de nuevo en la cama, pensé. ¡Qué frío hace!.

Introduje la cubeta en el pozo y la bajé con la cuerda. La subí.

Bebí.

Volví entonces sobre mis pasos, rumbo a la casa.

Cuando abrí la puerta, eché un vistazo al rincón donde el viejo pasaba la noche oteando por la ventana.

Su silla estaba vacía.

Seguramente se le cerraban los ojos y se retiró a su cuarto, concluí.

Me incliné sobre sus pertenencias para ordenarlas y fue entonces que lo escuché.

El llamado del cuerno…

Extendiéndose por el valle y la cuesta montañosa.

Supe con certeza que los guerreros cruzaban el solar, rumbo a las tierras bajas, para entablar la cruenta batalla.

La última gran batalla.

Me acerqué a la ventana.

¿Vería al viejo?

¿Vería a Ilwen, el cándido gigante, con su sonrisa más deslumbrante que nunca, porque el viejo guerrero se unía por fin a los que marchaban?

Sentía el corazón tristemente alegre…

Los perros, a lo lejos, aullaban lastimeros a las lunas.

Juan Manuel Valitutti (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y fantasía. Finalista en el concurso Mundos en tinieblas en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado en el contexto de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción organizada por Exégesis/Nocte. Sus cuentos han sido traducidos al catalán para su aparición en la revista Catarsi. Pueden consultar su blog Crónicas del Caminante.

Hemos publicado en Axxón: EL SALUDO, EL HOLOCAUSTO DEL BÁRBARO, AL FINAL DE LA TARDE, NARHITOREK, EL NIGROMANTE, LOS ENVIADOS DE NARHITOREK, PARA VERLOS VOLAR, DEMONIO BLANCO, EL FINAL DE LA HISTORIA, LOS TRABAJOS DE UN LADRÓN y EL DESEO DEL DISCÍPULO.

Ataun

Guillermo Echeverría

ARGENTINA

Para Martín Ramos, H. P. Lovecraft
y el valiente pueblo vasco.

La lluvia caía copiosamente. El ambiente, caluroso y opresivo, lo envolvía todo: los ríos que discurrían con desgano, los montes cubiertos de distintos tonos de verde que parecían perder su brillo, los caseríos y los humos de sus cocinas haciendo retorcidas figuras bajo la lluvia… Y también a la gente: durante todo el camino solo vimos caras de preocupación y temor.

Por las noticias que llegaban a Buenos Aires, la situación política era una olla a presión a punto de estallar.

Después de varias horas de camino duro —aunque agradable a la vista de quien nunca había estado aquí—, llegamos a Ataun, el pueblo de mis ancestros. Me despedí de Aitor, que tuvo la gentileza de traerme en su Ford C De Luxe, uno de esos nuevos Tudor muy cómodos, y me dirigí a la casa del señor Zugazagoitia. Caminé muy despacio para poder observarlo todo, por suerte había cesado de llover. Solo sabía del pueblo lo que mi abuelo me había contado: que era pequeño, que estaba enclavado entre montes y bosques espesos, con muchas cuevas que algún día tendría que explorar, y que se hallaba rodeado de esos fascinantes monumentos funerarios que los arqueólogos llaman dólmenes y menhires.

Llegando a la casa pasé por una iglesia enorme, mezcla de nave templaria con pórtico románico y el injerto tardío de un pequeño campanario francés y un reloj.

Tal vez fuera San Martín de Tours, la iglesia donde fue bautizado mi abuelo. El conjunto era extraño y sobrecogedor, aún más con los negros nubarrones por detrás y los hilos de agua chorreando de sus molduras.

Unos metros después llegué frente a la casa y un profundo temor me envolvió; un frío sepulcral me hizo temblar, y lo extraño era que no encontré motivo para ellos, parecía una casa como todas las demás.

Me acerqué a la entrada y la escena me llamó la atención: una puerta de madera color terracota muy vieja, despintada en algunos lugares; dos cerraduras igualmente viejas, una flor de cardo clavada en el centro; una aldaba con forma de mano, que parecía hecha de hueso y cuyos dedos semejaban tentáculos. En el piso a mi izquierda, un hacha antiquísima llena de herrumbre, con el filo hacia arriba; mi abuelo me había contado que se colocaba el hacha así los días de tormenta para proteger la casa, pero nunca pensé que todavía hubiese gente que lo hiciera. Estaba absorto mirándola cuando la puerta se abrió.

—Buenas tardes, ¿necesita algo?

—Buenas tardes, buscaba al señor Zugazagoitia.

—¿Su nombre?

—Mikel Larraquegui.

—Adelante, señor Larraquegui.

—Gracias.

Fuimos hacia un costado del salón principal, el mayordomo abrió una puerta y me invitó a pasar.

—Por favor, tome asiento en el escritorio, el señor Zugazagoitia estará con usted en unos minutos.

—Gracias.

Entré, y quedé absorto contemplando las reliquias que ocupaban toda la estancia. Parecía estar visitando la sala de algún museo etnográfico; ni

siquiera sentí cuando la puerta se cerró detrás de mí.

En una de las esquinas que quedaban a mi espalda había un viejo tonel con algo parecido a grasa sucia, chorreada y seca hacía mucho tiempo; en la otra, un timón. En la pared a mi derecha, dos remos cruzados, y a mi izquierda, óleos con escenas de pesca. Por detrás del escritorio había arpones, cuchillos y otras herramientas que probablemente sirvieran para destazar ballenas; y frente a éste, justo sobre la puerta, una red rota en varios lugares que ostentaba en el centro un trozo de madera con la palabra *Profundos*.

Mientras admiraba esas piezas que seguramente cruzaron el océano en busca de ballenas y bacalaos hasta Terranova e Islandia, soportando fríos que calan los huesos, tormentas y soledad, volvieron a mí los aromas del bacalao al pil pil que preparaba mi abuelo y del bacalao con chocolate que era la especialidad de mi abuela; estaba saboreando estos recuerdos cuando se abrió una puerta a mi derecha e ingresó un hombre mayor, de unos setenta años. Era alto, algo encorvado, con la delgadez propia de la edad; su pelo era de un color blanco hueso y vestía un traje gris oscuro sobre cuya solapa izquierda pendía una fíbula con forma de ancla, tallada en alguna clase de piedra de color negro con vetas azules. Lucía anteojos redondos de metal y una camisa blanca de lino, cerrada en el cuello por un moño tan verde como la menta. Un pañuelo rojo, casi bermejo, asomaba en el bolsillo del traje.

El anciano caminaba con paso cansino y gesto adusto; en una mano traía una carpeta de cuero tan gastada como él, y en la otra, un bastón sobre el cual se apoyaba para caminar. Atrajo mi atención ese extraño soporte que parecía una rama de árbol retorcida.

Su voz cavernosa me arrancó sorpresivamente de mis cavilaciones.

—Buenas tardes señor, Larraquegui.

—Buenas tardes.

—Usted viene por la casa de su abuelo, ¿verdad?

—Así es.

—Bien, aquí tengo una copia del testamento.

—Gracias.

—Y aquí, el título de propiedad.

—Gracias.

—Le comento, señor Larraquegui, que junto con el caserío usted ha heredado la porción de terreno donde están sepultados sus ancestros; ambas propiedades son inseparables según nuestras costumbres.

—De acuerdo.

—Necesito su firma aquí y aquí.

Firmé los dos ejemplares del título y me dio uno de ellos.

—Señor Larraquegui, bienvenido a Ataun.

—Muchas gracias por su bienvenida, señor Zugazagoitia.

Cuando terminamos de estrechar nuestras manos me ofreció una copa de Patxaran y, como nunca lo había probado, acepté.

Se hace con el fruto del espino negro y tiene un color ámbar profundo con un leve tono rojizo; al probarlo sentí un fuego dulce subiendo a mi nariz y bajando luego a la garganta, tras el alcohol mi paladar recibió un sabor a campo silvestre.

Mientras degustábamos la segunda copa le pregunté por el bastón que tanto había llamado mi atención.

—Que notable pieza trae usted consigo.

—¿Le gusta?

—Sí, es de una confección muy rara.

Me la alcanzó y me dijo:

—Es una makilla, hay muy pocos artesanos que las fabriquen a la manera tradicional.

Luego de mirarla detenidamente y devolvérsela le pregunté.

—¿A la manera tradicional?

—Sí, es un proceso muy largo; el artesano va en primavera a algún lugar abundante en nísperos, elije uno, escoge la rama más apta y le hace

incisiones de acuerdo a su estilo. En diciembre, cuando la savia que salió por esas incisiones ya hizo sus dibujos sobre la rama, se la corta y se la deja secar por dos años. Una vez seca se hace la punta de cobre y la empuñadura de cuero trenzado, generalmente es la esposa del artesano la que realiza la empuñadura. Para terminar, se le graba alguna frase en euskera.

—¿Y cuál es la frase de la suya?

—Tekelili.

—¡Oh!, ¿qué significa?

—No es euskera, es un sonido que se escucha a veces en la espesura de los bosques.

—Parece el canto de un ave.

—No, no es un pájaro, tal vez un ser mitológico que todavía está entre nosotros.

Su cara adquirió un aspecto sombrío. Entonces agregó secamente:

—No le quito más su tiempo, seguramente desea ir a su nueva casa.

Abrió un cajón, sacó un manojo de llaves y me las dio.

—Señor Larraquegui, aquí están sus llaves, que disfrute de su estancia en Ataun.

Nos dimos la mano.

—Muchas gracias.

—Lo acompaño.

Mientras nos dirigíamos a la puerta de la habitación le comenté:

—Veo que su familia se dedicaba a la pesca.

—Sí, la familia de mi padre pescó ballenas y bacalaos desde Terranova hasta Maine.

—Qué interesante.

—Hagamos una cosa, cuando termine de instalarse lo invito a almorzar y le cuento la historia de mi familia.

—Trato hecho.

Ya en la puerta, me indicó cómo llegar al caserío.

—Siga por este camino y en quince o veinte minutos estará en su casa.

Nos dimos la mano y nos despedimos cortésmente.

Me fui caminando despacio. Durante un largo trecho el río Agauntza fue mi compañero. Su extrema transparencia dejaba ver las piedras redondeadas que formaban el lecho y el leve sonido que hacía al correr producía en mí un efecto sedante como ninguna otra cosa lo había hecho.

Se trata de un lugar muy húmedo, los troncos de muchos árboles están cubiertos de una pátina de hongos blanquecinos y de un moho verde, claro y brillante. Son árboles añosos, algunos muy altos. Robles, castaños, encinos, hayas.

El aroma del bosque le llena a uno los pulmones de vida. Aunque por detrás siempre hay un olor a humedad, no es ese rancio olor a humedad de los lugares cerrados, sino a humedad verde.

En el camino encontré a dos parroquianos juntando hongos. Nunca vi hongos tan grandes. Algunos de ellos tenían el sombrero chato y amarillento, y otros con forma de cúpula del tamaño de un puño cerrado y de color rojo amarronado.

Ambos hombres me saludaron en euskera y yo hice lo mismo:

—¡Egun on!

Sabía muy poco del idioma, así que si quería mudarme o venir por largos períodos de tiempo debería aprenderlo, la gente aquí en su mayoría habla en euskera. Es sorprendente cómo un idioma tan arcaico ha sobrevivido a la oleada indoeuropea y a la influencia de Roma. ¡Admirable!

El camino se estaba volviendo cuesta arriba muy de a poco.

Mientras cavilaba sobre cómo seguir con mi vida ahora que tenía una casa aquí, observé que las piedras sobre la tierra parecían tener una envoltura de ese mismo moho verde claro; cuando paseara por el bosque tendría que tener cuidado de no resbalarme.

Y en el momento en que ya empezaba a sentir el cansancio, llegué.

El caserío está al pie de una pendiente tapizada de verde y coronada de árboles, detrás de los cuales se divisan montes mucho más altos.

Subí por el sendero de tierra y caminé alrededor de la casa. Lo primero que vi fue el escudo familiar, forjado en hierro, sobre el dintel de la puerta. Mi abuelo me contaba orgulloso: Según nuestros fueros todos los vascos somos nobles; ricos y pobres, hombres y mujeres, niños y adultos; no por ganar alguna batalla importante o por lamer los pies de algún rey sino solo por el hecho de haber nacido aquí, y agregaba, Nunca dejes que alguien te menosprecie solo por ostentar un título de nobleza.

El caserío estaba muy bien conservado teniendo en cuenta sus quinientos veinte años. Las paredes, hasta el nivel del primer piso, son de piedra caliza pintadas a la cal, con todas sus ventanas y su única puerta de color verde oscuro. Detrás está el cobertizo.

En sus costados norte y sur tiene matorrales muy crecidos.

Cuando estuve otra vez frente a la puerta, puse la llave y me detuve unos instantes, respiré hondo, y cuando finalmente entré, no pude contener el llanto. Estaba en la casa que mis ancestros habitaron por cientos de años. Me quedé paralizado durante un momento muy largo, mirando alrededor a través de las lágrimas. Recorrer las habitaciones, la cocina; ver los muebles, las herramientas de campo; encontrar la boina negra de mi abuelo sobre su cama y en un cajón de la cómoda las sábanas de lino con las que fue envuelto al nacer, me hicieron sentir mucha melancolía. Todo ese día tuve el pecho cerrado por la emoción.

Pasé los siguientes cinco días yendo al pueblo sólo a comer, el resto del tiempo lo aprovechaba para revisar todo: la cuadra, el gallinero y el cobertizo con el carro. El desván hecho de tablas de roble cortadas a hacha, con las kutxas de madera labrada para guardar los granos, era el ambiente más grande ya que ocupaba el equivalente a todo el espacio de la casa. Recorriéndolo, recordé con una sonrisa lo que mi abuela me decía sobre el viento norte: El viento norte es muy fuerte y frío, por eso la puerta mira al Este y la mayoría de las ventanas al Este y al Sur, solo hay una pequeña ventanita hacia el Norte, y mi abuelo agregaba Por eso también el eje del techo es de Norte a Sur, para que los vientos del Norte no arranquen las tejas.

Las paredes internas de piedra y mortero estaban cubiertas de cuadros costumbristas, pescadores, campesinos, herreros, dantzaris.

Fueron cinco días muy emotivos. Sentía rabia por no haber podido venir cuando mi abuelo todavía estaba y emoción hasta las lágrimas por pisar el suelo que mi familia pisó, por ver las mismas imágenes que veían ellos desde las ventanas, por usar las cosas que ellos usaron: jarras, tazas, platos.

En su habitación había una pequeña kutxa, también labrada y cerrada con un candado. Hacía un par de días que había encontrado la llave pero sentía que era una invasión a sus cosas personales. Finalmente me decidí a abrirla, y encontré una enorme cantidad de papeles y otros documentos: diarios *Euzkadi* y *Bizkaitarra*, cuartillas de Solidaridad de Trabajadores Vascos y del Partido Nacionalista Vasco, una gramática de euskera de Arturo Campión impresa en Tolosa en 1884, una *Guía Histórico-descriptiva del viajero en el señorío de Bizkaia* de J. Delmas de 1864, una *Recopilación de los fueros de Gipuzkoa* de 1867, una revista dedicada al Aberri Eguna de 1932; fotos de Sabino Arana, discursos de un tal José Antonio Agirre, una copia mecanografiada del proyecto de estatuto de autonomía, afiches y una ikurriña.

Sabía que mi familia era nacionalista, pero no que estaba tan comprometida con la causa.

Por las tardes salía a sentarme afuera a tomar mi café y solía recordar las historias que me contaba mi abuelo, como las leyendas de Sugaar, de Gaueko, o de la cueva de Agamunda donde vive Mari. Dos leyendas en particular me causaban escalofríos: aquella de que las almas de los antepasados volvían de noche a los caseríos por medio de túneles que estaban conectados a las cuevas; y la que prohibía dar tres vueltas a la casa durante la noche, a riesgo de no volver a ser visto, como le sucedió a Kataliñ… Tal vez por esa razón, cuando veía los rayos del sol cerca del horizonte por entre los árboles, algún tipo de miedo atávico, algún desasosiego instintivo, como aquel que había sentido sin razón alguna en la puerta del señor Zugazagoitia, me urgía a continuar con lo que quedaba de mi jarra de café dentro de la casa.

Poco a poco fui integrándome al pueblo. Por las tardes solía frecuentar la sidrería de Isusquiza para leer el diario con los toneles a la vista, beber sidra acompañada con queso de oveja, un exquisito dulce casero de membrillo y una buena ración de nueces; y para divertirme, como observador, con las bulliciosas partidas de mus, las que, sin embargo, a pesar de la alegría, no escapaban al manto ominoso que día a día se apoderaba del pueblo.

Yendo a misa los domingos, pude conocer a los padres Sagasbarría y Undabarrena. El primero era el más anciano, con sus ochenta y dos años, era una persona extraordinaria, se lo reconocía de lejos por su boina, sus anteojos, su sotana y su echarpe, y por el encantador sonido de la armónica que siempre llevaba consigo. Me sorprendió ver un anillo episcopal en la mano izquierda de un párroco.

Él me llevó a visitar esa parte de la Iglesia llamada yarleku donde están enterrados mis antepasados más antiguos, el espacio es grande, hay mucha gente del pueblo enterrada allí. Me trajo una argizaiola, encendimos la vela arrollada a su alrededor y la pusimos sobre la tumba, rezando ambos el Padre Nuestro, él en euskera y yo en castellano.

*E*l sábado 18 de julio hice honor a la invitación del señor Zugazagoitia y fui a almorzar con él y su familia.

Por alguna extraña razón la casa seguía produciéndome temor.

Esta vez el propio anfitrión me abrió la puerta, justo cuando estaba observando con detenimiento las extrañas geometrías de las rejas de las ventanas:

—¡Señor Larraquegui! ¡Lo estábamos esperando, pase usted por favor!

—Muchas gracias, señor Zugazagoitia —dije, aceptando su apretón de manos, que todavía era fuerte a pesar de su edad.

—Le presento a mis hijas: Maite Teresa y Argi.

Saludé a las dos muy educadas y pudorosas muchachas, y me sorprendió su juventud. Argi tendría catorce y Maite no superaría los diecisiete.

Sabía por experiencia propia que los vascos eran, en general, de costumbres reservadas (yo mismo era parco a la hora de hablar de mis asuntos personales); por eso jamás pregunté por la esposa de mi anfitrión, cuya ausencia ahora, en vista de la edad de sus hijas, me intrigaba.

Pasamos al comedor donde ya nos esperaba el señor Arrazubi, Alcalde del pueblo.

El señor Zugazagoitia nos presentó muy cortésmente.

El Alcalde me dijo en un tono amargo, mientras me daba la mano:

—Yo conocí a su abuelo, éramos grandes amigos y compartíamos un gran amor y preocupación por nuestra patria. Su partida me afectó profundamente.

—Le agradezco que lo apreciara tanto, señor Alcalde.

Había algo en su tono de voz, una preocupación que no parecía relacionada con mi abuelo sino con esa tensión que se sentía en el ambiente desde mi llegada al pueblo.

Nos sentamos a la mesa y a los pocos minutos, Andoni, el mayordomo, nos trajo la comida: mondejus de sangre de oveja, kokotxas de bacalao en salsa verde, y atún a la manera de Santurtzi, todo acompañado con un excelente txakolí de Getaria, la cuna del célebre Don Sebastián Elcano.

Hablamos de generalidades durante aquel banquete: mi familia, mis ocupaciones en Argentina y cosas por el estilo. Yo aproveché el momento para expresar mi genuina satisfacción por encontrarme en Ataun.

Estábamos degustando ya el almibarado sabor del muxu goxu, cuando el señor Zugazagoitia se dirigió a mí:

—Recuerdo que usted se había quedado asombrado con los objetos de mi escritorio.

—En efecto, son notables, dignos de la sala de un museo etnográfico.

—Entonces haré honor a mi promesa y le contaré sobre mi familia.

En ese momento el Alcalde miró a nuestro anfitrión con marcado asombro, como quien está a punto de escuchar un secreto celosamente guardado o como quien teme el alcance de una revelación.

—Mis antepasados —inició su relato el señor Zugazagoitia— comenzaron con la pesca de ballena en 1184, pero no iban más allá de los territorios de Islandia. Recién en 1507 llegaron a Terranova, en tierras americanas. Permanecían en aquellos inhóspitos parajes, alejados de la mano de Dios, de tres a cuatro meses y regresaban entonces con su cargamento de bacalao, y grasa y aceite de ballena.

»Su principal asentamiento era Red Bay en Canadá, pero llegaron hasta Maine, Estados Unidos.

—¿Maine? —inquirí— Últimamente se han mencionado en los periódicos extraños incidentes en sus bosques.

—Ciertamente siempre han sucedido cosas extrañas en esos bosques.

En ese momento pude ver cómo una sombra cruzaba por su rostro.

Llamó al mayordomo y le pidió el cofrecillo de las medallas. Luego prosiguió con el relato:

—El último barco que mis antepasados tuvieron fue el Profundos: 18 metros de quilla, 21 en la línea de flotación y 39 en total. Más de 2 metros de calado y poco más de 10 de ancho. El Profundos solía llevar una tripulación de ochenta hombres y seis chalupas para la cacería.

Yo escuchaba embelezado, aunque muy poco entendía de todo aquello. La admiración del señor Zugazagoitia por sus ancestros era contagiosa. Le pregunté si las sobrecogedoras herramientas que había visto en su estudio pertenecían a aquel barco.

—Así es, todo lo que usted vio allí viene del Profundos. El tonel con capacidad para doscientos litros de grasa de ballena, los arpones, las lanzas y los sangradores. Por supuesto, no todo está expuesto, pero usted vio también las herramientas para derretir la grasa y para destazar ballenas.

Imaginé por un momento el pavoroso escenario de la cubierta del barco en plena faena y pensé en la fiereza de esos hombres, y su contraste con la

caballerosidad de mi anfitrión. Debo reconocer que la sola idea de un leviatán como esos, desangrándose y tiñendo de rojo las aguas del mar, me provocó un nudo en el estómago. Controlé como pude el ligero temblor que se apoderó de mi cuerpo y le pregunté:

—Supongo que ha de haber habido muchas muertes, más allá del peligro de la actividad ballenera, por el frío y el escorbuto.

—Veo que algo entiende de las tribulaciones del mar. No conozco muertes por escorbuto, la sidra es muy buena para eso, pero por el frío sí, la invernada entre 1576 y 1577 fue terrible, hubo cientos de muertos.

—Eso debe haber sido terrible —intervino el Alcalde, a lo que asentí en silencio.

—Sí, fueron años muy luctuosos.

En ese momento, Andoni regresó con el cofrecillo en sus manos. Lo depositó en la mesa y se retiró.

—¿Estaban en algún lugar apartado de las regiones del Canadá o tenían contacto con los nativos? —intervine entonces, sin poder evitar mi curiosidad profesional.

—Solían intercambiar productos con los Micmac y los Iroqueses, formándose incluso una mezcla entre sus lenguas y el euskera para poder entenderse. Ellos contaban extrañas historias sobre seres que habitaban en el mar y en algunas ocasiones salían a tierra firme que pasaron de generación en generación y que mis abuelos solían relatarme.

Sonreí para mis adentros, los relatos de abuelos a nietos alrededor del fuego del hogar eran frecuentes en Ataun.

Entonces abrió el pequeño cofre y me lo tendió, el mismo estaba lleno de medallas con escenas de pesca y cuyas rúbricas mencionaban diversas ciudades pesqueras como Bermeo, Lequeitio, Donostia, Biarritz, Irún, entre otras.

Mientras las admiraba, el señor Zugazagoitia me dijo:

—¿Le gustan?

—Son de un valor histórico notable, se imagina mi entusiasmo —respondí tan absorto como quien contempla un tesoro.

—Elija la que más le guste.

Al principio no comprendí sus palabras de tan abstraído que estaba, apenas caí en la cuenta de su ofrecimiento, me negué enfáticamente, ¡aquello era valiosísimo para su familia!

Entonces el señor Zugazagoitia revisó la caja, como buscando una en particular y me la ofreció:

—Me ofenderé si no la acepta —dijo, con lo que tuve que aceptar a riesgo de insultar a mi muy generoso anfitrión.

El señor Alcalde celebró aquel gesto.

La medalla representaba una chalupa con pescadores, y en lugar de la clásica cola de ballena que había visto en otras, un extraño ser que los observaba desde el agua, seguramente uno de los que mencionaban los indios.

Agradecí nuevamente y la guardé en el bolsillo superior de mi chaqueta.

A media tarde pasamos a la sala de estar para degustar patxarán con muffins que, según mi anfitrión, una institutriz irlandesa había enseñado a preparar a sus hijas. Todos alabamos la exquisita confitura obra de las delicadas manos de la joven Maite, quien se ruborizó ante nuestros merecidos elogios.

A instancias del dueño de casa, el señor Alcalde bailó para mí una parte del aurresku —esa danza ceremonial habitual entre los vascos para sus celebraciones de honor— al son de un txistu y un tamboril tocados por la pequeña y dulce Argi.

Pero todo habría de terminar de modo abrupto cuando Andoni entró intempestivamente en la habitación con rostro demudado:

—Señores, los militares se han sublevado.

El dueño de casa se levantó de inmediato y poniéndole una mano en el hombro, le inquirió, como quien habla con alguien de gran confianza:

—¿Qué escuchaste?

—El general Queipo de Llano se sublevó en Sevilla y hay una proclama de un tal general Franco.

El rostro del señor Zugazagoitia cambió de la amabilidad y el agrado por la charla, a la desazón y la preocupación. Sus dos hijas se tomaron de las manos y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

El silenció que siguió fue roto por el sonido de la aldaba contra la madera de la puerta.

De regreso de la entrada, acompañaba a Andoni un hombre de unos treinta años, agitado y sudoroso.

Al verlo, el Alcalde le preguntó, poniéndose de pie:

—¡Juan Cruz!, ¿qué sucede?

—Señor, Mola sublevó Nafarroa.

La cara del señor Arrazubi se ensombreció aún más; suspiró, terminó su copa de patxarán y nos dijo:

—Señoritas, señores, debo ir a la alcaldía, estamos demasiado cerca de Nafarroa.

—Por supuesto, Iñaki, ve, y cualquier cosa que necesites me avisas —dijo el señor Zugazagoitia.

—Muchas gracias, Iñigo, no dudaré en hacerlo —y girando hacia mí, agregó—: Señor Larraquegui, usted nos habló de la kutxa que halló en su casa.

Lo miré con atención y él prosiguió:

—Esconda su contenido lo mejor que pueda. No va a ser bueno que le encuentren esos papeles y esos libros.

Asentí en silencio.

El Alcalde miró a todos los presentes una vez más y se despidió diciendo:

—Buenas tardes. ¡Gora Euskadi Askatuta!

A lo que todos, incluso las muchachas, respondieron:

—¡Gora Euskadi Askatuta!

El Alcalde y el hombre que vino a buscarlo se retiraron.

El señor Zugazagoitia se abrazó a sus hijas y mientras lo hacía se dirigió a mí:

—Señor Mikel, siga el consejo de Iñaki, esconda la kutxa lo mejor que pueda, y si posee una escopeta, téngala lista; la derecha odia a la gente con los ideales de su abuelo.

—Lo haré, muchas gracias por todo.

Nos saludamos y Andoni me acompañó a la puerta.

El camino de regreso fue tenso. La poca gente con la que me cruzaba, mantenía la mirada en el suelo, temerosa.

Ya en el caserío escondí los papeles de mi abuelo en varios sitios de la casa y preparé la escopeta que, por suerte, estaba limpia; subí al desván y bajé varias cajas de balas.

El ambiente general pasó de opresivo y ominoso, a una mezcla de temor e ira. Y todo empeoró una semana después.

El sábado 25 había ido a la Iglesia a escuchar un recital de música sacra que iba a ejecutarse con el maravilloso órgano medieval, a cargo de una joven del pueblo: Lora Eguzki Zubizarreta, la hija de la bibliotecaria.

Resultaba un extraño contraste, la delicadeza y suavidad con la que la joven deslizaba sus dedos por el teclado y los sonidos oscuros que le devolvía el órgano. Y como si fuera una burla del destino, en el momento en que la composición pasaba de la tocata a la fuga, comenzaron a sentirse los estampidos.

Aún así, la concertista prosiguió, hasta que el ruido de las escaramuzas compitió con las voces del propio órgano.

En ese momento salimos a ver qué sucedía y vimos concretado frente a nuestros ojos aquello que tanto habíamos estado temiendo: soldados y civiles disparándose, gritos, gente corriendo, caballos desbocados en desenfrenada carrera que arrojaban los contenidos de los carros a los que aún se hallaban unidos.

Cuando todo terminó, un grupo de soldados ataviados con botas negras, uniformes caqui, boinas rojas con borlas y escapularios, se agruparon en

formación marcial para luego dirigirse al ayuntamiento.

Desde los ventanales fueron recibidos a tiros, pero la abrumadora superioridad numérica de los invasores hizo que la batalla durase poco tiempo.

A los pocos minutos, unas veinte personas fueron retiradas del edificio con las manos en la nuca.

El oficial a cargo dispuso que los prisioneros mirasen al mástil, para luego ordenar a dos de sus hombres que disparen contra éste. El asta con la ikurriña cayó al piso. Acto seguido, el oficial caminó ostentosamente hasta ella, la pisoteó, y luego, hecha un trapo sucio y deshilachado, la arrojó a las aguas del río.

A continuación los prisioneros fueron llevados al borde del río, donde se los colocó en línea, y alguien, no pude ver quién, gritó desde un extremo alejado: Pelotón, ¡prepárense!

El padre Undabarrena salió corriendo hacia el lugar, tal era su prisa y exaltación, que no nos dio tiempo a hacer nada para detenerlo. Se plantó frente al oficial y le espetó:

—¿Qué cree usted que hace?

Desde su superioridad, el militar respondió arrogantemente:

—¿Quién lo pregunta?

—Soy el padre Odon Undabarrena.

El oficial contestó sin abandonar su tono altanero:

—Padre, usted debería estar contento, vamos a terminar con esta escoria rojo-separatista que pretende destruir la fe y dividir España.

Irguiéndose, el padre replicó:

—Estos hombres son buenos cristianos.

—¿Porque dejan ofrendas generosas en sus misas?

—No, porque aman a Dios y a su pueblo. ¿Cree usted que Dios va a estar satisfecho con usted cuando lo llame a rendir cuentas?

La ira del oficial sobrepasó su cinismo:

—No lo sé, pero usted sí se enterará muy pronto si Dios está conforme con su actitud frente a esta lacra traidora.

Y, sacando una máuser de su cartuchera, transformó el rostro del padre en una masa sanguinolenta, merced a los múltiples disparos que, con saña feroz, descargó sobre él.

Tuve que dejar a un lado mi asco y mi impotencia para sostener al padre Sagasbarría que estuvo a punto de desmayarse ante aquel hecho atroz. Muchos se taparon los ojos, por suerte sólo unos pocos disfrutaron de la carnicería.

La abominable bestia que había perpetrado el crimen, gritó:

—¿Alguien más tiene algo que decir?

Como nadie respondiera, se dirigió al pelotón:

—¡Preparen! ¡Apunten!

En ese instante, los veinte gritaron: ¡Gora Euskadi Askatuta!

—¡Fuego!

Todoslos prisioneros cayeron al suelo. Sus cuerpos pronto siguieron a la ikurriña en la corriente del río.

La situación fue poniéndose cada vez más difícil, todos los días había algún fusilamiento. El diario *Euzkadi* ya no llegaba, sólo los diarios golpistas. Ya no se podía hablar en euskera en los lugares públicos, los vigilantes voluntarios estaban atentos a todas las conversaciones y la misa solo podía celebrarse en latín.

La quema de libros, periódicos e ikurriñas era cosa de todos los días.

Lo único que nos conectaba con el exterior era Radio Euskadi, cuya señal se captaba mejor por la noche, por ella me enteré de que Gipuzkoa iba cayendo poco a poco en manos enemigas.

Un aciago día de agosto la emisora difundió la noticia del fusilamiento del maestro García Lorca, al que había tenido el gusto de conocer en mi Buenos Aires natal, en el frecuentado bar Iberia, a la salida del estreno de una de sus obras de teatro.

Aquello tendió un velo de desazón sobre mi espíritu, como si el último ultraje posible hubiese sido ya cometido. Esa noche lloré ante la noticia y el recuerdo del querido padre Undabarrena cayendo bajo las balas franquistas.

Poco a poco algunos nacionalistas se pusieron en contacto conmigo. Las primeras fueron Arantzazu, la bibliotecaria, y su hija Lora. En cortas y apresuradas charlas llegaron a comunicarme que se esperaba que las Cortes votaran el estatuto de autonomía, así, cuando asumiera el Lehendakari elegido, la resistencia podría ponerse en movimiento. Pero las cosas se demoraban y todo empeoraba.

El terror había sumido al pueblo en una especie de aletargamiento enfermo que carcomía los espíritus. Los únicos que se paseaban tranquilos por las viejas y sombrías calles eran los soldados y sus soplones.

No pude concurrir más a la sidrería a ver las partidas de mus, pues ésta había sido tomada por la milicia y ya no era un buen lugar para tomar un trago o jugar.

Finalmente, una luz de esperanza brilló el primero de octubre. El estatuto había sido votado. Seis días después, en Gernika, asumiría el nuevo Lehendakari.

Arantzazu llegó hasta mi casa y me invitó a acompañarlas, a ella y su hija, a la asunción; por mi parte, haría cuanto pudiera por proteger a las dos damas.

Nunca había pensado en estar involucrado en algo como esto, pero estaba dispuesto a hacerle difícil el camino a los fascistas, así que acepté.

El día 7 estuvimos allí, en Gernika. Era tal la cantidad de gente que no pudimos entrar al salón de la Casa de Juntas, donde José Antonio Agirre sería proclamado Lehendakari. Tuvimos que quedarnos en el patio principal, a un costado del viejo y venerado roble. Luego de media hora, el

joven de gesto serio y firme salió por la puerta acompañado de un grupo de hombres. Su actitud revelaba la decisión de no claudicar en el lugar que la historia le había otorgado.

Luego de su solemne juramento frente al árbol sagrado, la multitud prorrumpió en vítores y aplausos, como si toda la esperanza de un pueblo hubiese sido depositada, en ese instante, sobre sus hombros.

Mientras la multitud se dispersaba, y nosotros en ella, escuchamos los primeros rumores: los alemanes estaban ayudando a los golpistas. Pero había algo más, al parecer, alguna especie de brigada de elite que estaba buscando algo; obviamente con el visto bueno de los jerarcas golpistas.

Al llegar a Ataun, nos enteramos de que el rumor ya había llegado hasta allí. En casa de Arantzazu esperaba un mensaje enviado por el padre Sagasbarría, en el que la citaba urgentemente en la casa parroquial.

Decidí acompañarla para velar una vez más por su seguridad.

Alrededor de una mesa, con una jarra de café humeante y de intenso aroma, el padre nos contó lo que otro sacerdote muy amigo suyo le había confiado: un grupo de hombres extranjeros, vestidos de negro y con insignias como dobles rayos de plata, llegaron hasta Elorrio, todavía en manos republicanas, y casi destruyeron por completo la ermita de Argineta y sus veintitrés sepulcros de piedra.

—Manteniendo al padre Juan dentro de la ermita, abrieron los sepulcros de piedra uno a uno; tomaron nota de las inscripciones de las tapas y, como aparentemente no encontraron lo que buscaban, revolvieron el interior del templo. Como allí tampoco hallaron lo que buscaban, se fueron.

—¿Qué podrían estar buscando como para profanar la necrópolis? —acotó Arantzazu.

—No puedo llegar a imaginarlo, pero debe ser algo muy antiguo, por eso empezaron en Argineta —respondió el padre.

—Seguramente —pensé en voz alta, más para mí que para mis interlocutores— es algo religioso, algún documento o algún objeto.

El sacerdote me miró y dijo:

—Pero, ¿para qué podrían quererlo?

—Si es muy antiguo o muy raro, para venderlo —respondí.

El padre agregó entonces:

—Tal vez. Al parecer, prestaron especial atención a los libros —y dirigiéndose a Arantzazu, agregó—: por ese motivo la llamé.

¿Un libro? Mi mente pronto se extravió en el misterio.

—¿Una biblia en euskera, tal vez? —aventuró ella.

Los tres nos miramos unos segundos y pregunté:

—¿Hay biblias en euskera?

El padre me miró, asombrado por mi ignorancia, y me dijo:

—¡Por supuesto! La primera traducción es la protestante de Leizarraga, del siglo XVI, si mal no recuerdo.

—Bien, entonces tenemos una pista, un ejemplar de esas características puede valer una fortuna en el mercado negro. Siempre hay coleccionistas dispuestos a todo por esas joyas.

Ante mi respuesta, Arantzazu propuso:

—Voy a revisar los libros más antiguos que tenemos, a ver si hay alguno que les pueda interesar.

—¿Siguen en la biblioteca? —inquirió el padre Sagasbarría.

—No, los llevé a un lugar seguro.

—Bien, bien. Sólo quería que usted estuviera atenta. Ahora, vayan con Dios y tengan cuidado al volver a sus casas. Ya saben que los lobos andan rondando.

Luego de darnos la bendición, puso su mano en mi hombro:

—Gracias por acompañarla.

—Padre, ¡ni lo mencione, por favor!

Lo saludamos y nos retiramos.

*L*os días transcurrieron y tomé la costumbre de pasar un par de horas en la ventana mirando el camino, con la escopeta apoyada entre el piso y la pared; tenía la sensación de que debía esperar algo, pero no sabía qué.

Una de esas noches, la tranquilidad impuesta por las armas, que reemplazó a la tranquilidad propia del pueblo, se esfumó.

Salidas ya las estrellas, noté que el bosque había perdido sus sonidos. Me erguí con temor. Un escalofrío recorrió mi espalda, todo un bosque en silencio impresiona y asusta.

El silencio podía palparse, pesado y frío sobre uno. Hacia el oeste, bastante cerca de mi casa, en la cima de un monte, vi un pequeño resplandor que parecía una fogata. Minutos más tarde le respondían otros resplandores desde montes vecinos.

Una hora después un sonido lejano, parecido al golpear de madera contra madera, rompió, aunque levemente, el omnipresente silencio.

La intranquilidad me acosaba y un sudor frío mojaba mi frente; mi pie hacía rato que golpeteaba el piso sin cesar, sin que yo lo notase.

Y aparecieron.

Varios vehículos pasaron a toda velocidad rumbo al pueblo, levantando una nube de tierra.

No pude verlos con claridad, pero por el tipo de transportes supe que eran los extranjeros de los que nos había advertido el padre. Tuve un extraño presentimiento: algo muy malo pasaría.

Al día siguiente, en la hora del crepúsculo, después de regresar de Beasain con Aitor, me dirigí a mi casa. Mientras subía por el sendero sentí, por entre los matorrales que dan al camino, una suerte de jadeos y como lloriqueos. Tomé una piedra y me acerqué con cuidado.

—¡Maite!

La jovencita, asustada, se arrastró retrocediendo para alejarse de mí.

—¡No se asuste! ¡Soy Mikel! —le dije en voz baja, tendiéndole la mano.

Me miró con los ojos desorbitados y cuando me reconoció, se me acercó andando sobre sus manos y rodillas, y se abrazó aterrorizada a mis piernas.

—Lo siento —dijo a través de los sollozos entrecortados—, no sabía a dónde ir, no quise involucrarlo.

La tomé por los brazos y la ayudé a ponerse de pie. Estaba transpirada, sucia y en su ropa había manchas de sangre.

Rodeé sus hombros con mi brazo y cuando me dispuse a llevarla dentro de casa, ella me detuvo y me empujó, presurosa, hacia la parte de atrás.

Allí estaba, obviamente, su perseguidor: traje militar negro, dos claras runas *sigel* relucían en su antebrazo. El hacha que tanto me llamara la atención en la casa de Zugazagoitia estaba incrustada en el empeine de su pie izquierdo. Algo blancuzco llenaba su boca monstruosamente abierta. La expresión de su cara me heló la sangre.

¿Que podía causar tal terror?

Al aproximarme, vi que lo que deformaba su boca era un hongo.

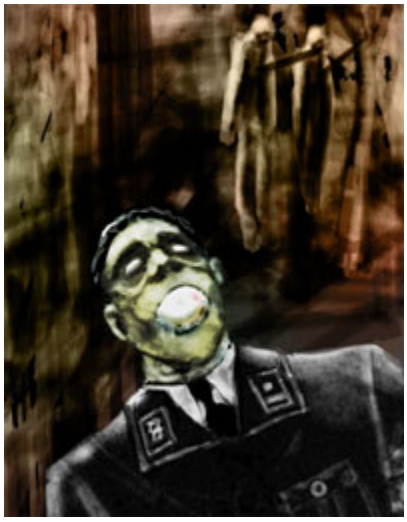

Ilustración: Tut

Sin mediar palabra, fui al cobertizo, tomé una pala, y cavé un pozo lo más rápido que pude para enterrarlo. Disimulé la tumba lo mejor que pude.

Entonces sí la llevé adentro. Ella había permanecido todo el tiempo temblando en silencio a mi lado.

Le serví una taza de café caliente y esperé hasta que estuvo lista para contármelo todo.

Yo tampoco podía dejar de temblar.

—Llegaron esos hombres, entraron a la casa y lo revolvieron todo. No sé qué buscaban. Golpearon a Andoni y a mi padre. A mi hermana y a mí nos tomaron del pelo y nos llevaron a la rastra a nuestras habitaciones.

»De pronto, dispararon desde fuera. Yo no entendía qué pasaba pero aproveché la confusión del hombre que me retenía, le pegué con un libro en la cara y salí corriendo por los fondos de la casa. Pero me siguió.

Como vi que no continuaba el relato sino que comenzaba a sollozar nuevamente, le pregunté para animarla a seguir:

—¿Cuánto hace que estaba oculta en los matorrales?

Ella sacudió la cabeza y gimió:

—No lo sé… tal vez horas…

—¿Cómo encontró el camino? ¿Ya había estado por aquí?

—Sí, yo era la encargada de mantener limpia la casa hasta que usted llegara. Igualmente por el andabide es fácil.

—¿Andabide?

Ella continuó en voz baja:

—Es el camino que une el cementerio de la iglesia con la casa, todas lo tienen. Y cada muerto debe ser conducido por él a su tumba. El último trecho de su andabide coincide con el nuestro. Lo recuerdo bien, por mi madre.

Asentí en silencio y le di unos minutos para reponerse de ese doloroso recuerdo que se sumaba a su situación presente. Luego inquirí:

—¿Es fácil de seguir?

—Únicamente para quien lo conoce. Discurre por el medio del bosque y la niebla ayuda para pasar inadvertido.

—Bien, puedo ir por allí hasta la casa de su padre, para ver qué sucedió.

—¡Vamos! —gritó, levantándose de golpe, y tuve que tomarla por los hombros para refrenarla.

—¡No! Ahora tiene que descansar.

Con desesperación comenzó a repetir una y otra vez: No sé qué buscaban…

La abracé para calmarla y se acurrucó en mi pecho. Cuando vi que estaba más tranquila, le pregunté:

—¿Son una familia religiosa?

Ella, sorprendida, me respondió:

—Sí, pero no somos cristianos. ¿Por qué pregunta?

—Porque estos mismos hombres casi destruyen la ermita de Argineta en su búsqueda; por eso supusimos con el padre Sagasbarría que buscan algún objeto religioso.

La muchacha susurró un no lo sé y se puso a llorar.

La conduje a una de las habitaciones para que tratara de dormir. Yo me quedé apostado en las dos ventanas del cuarto, alternando entre la que daba al camino y la que miraba hacia el bosque.

Una hora después comenzó a quejarse de dolores. Puse mi mano en su frente para ver si tenía temperatura, y la noté tan fría como si estuviera muerta.

Algo en su vientre temblaba. Su estómago, su hígado, no lo sé, nunca había visto semejantes síntomas. Me causó una gran conmoción, parecía tener dentro algo vivo pugnando por salir.

Quise ir a buscar al doctor, pero ella me detuvo:

—¡No! ¡Es un cerdo fascista, sólo va a delatarnos!

No sabía qué otra cosa hacer, me senté junto a ella y justo cuando trataba de tranquilizarme y ordenar mis ideas, Maite tuvo una horrible arcada y vomitó sobre mí un líquido verde semejante a la bilis pero que, al mismo tiempo, parecía no serlo.

Cuando sujeté su brazo, noté que su piel era húmeda y lisa, como recubierta de vidrio. Parecía estar tocando un batracio, Me causó un gran rechazo y mi primer impulso fue soltarla. Ella me miró con lágrimas en los ojos y volvió a vomitar.

Casi una hora transcurrió de este modo hasta que todos los síntomas comenzaron a desaparecer de a poco. Entonces la cambié de habitación y se durmió.

Luego de limpiar, volví a las ventanas. Había presenciado algo muy extraño y repulsivo, pero no podía dejar de sentir ternura por la muchacha.

El sol de la mañana me despertó, me había dormido delante de la ventana. Me acerqué a la cama y Maite estaba profundamente dormida.

Sentí que golpeaban la puerta, así que me asomé a la ventana y desde arriba vi a Arantzazu; el terror desfiguraba su cara.

La hice pasar, venía a contarme lo que había sucedido en la casa de Maite. Por mi parte, la llevé a la habitación mientras le contaba los extraños síntomas que la muchacha había tenido la noche anterior, y su rostro adquirió un velo de comprensión y angustia.

Arantzazu se quedó largo rato mirándola, y casi con desesperación, trató de convencerme por todos los medios posibles de llevar a la joven a su casa. Pero no acepté, por alguna razón me sentía responsable por ella.

El terror y la desesperación dieron paso a una abatida resignación. Luego de recomendarme que la cuide, salió de la casa presurosa. Era como si ella comprendiese algo acerca de la muchacha, que no quería o no podía decirme.

A media tarde, Maite despertó. Tenía mucha hambre. Comió y bebió en abundancia, con gran avidez.

Ya no tenía los síntomas de la noche anterior, pero había algo distinto, no sé precisar qué; pero parecía otra Maite.

En un momento puse mi mano sobre su brazo y pude comprobar que su natural fragilidad había dado paso a una fortaleza poco común en una muchacha. Tuve la sensación de que era más alta, que sus formas femeninas eran más pequeñas y juraría que su pelo había encanecido un poco.

El antiguo temor sobrenatural que sintiera en tantas ocasiones en el pueblo, regresó de inmediato.

Ella se pasó toda la tarde asomada a la ventana, parecía estar buscando algo. Su actitud era de absoluta concentración. Incluso me pareció que oteaba el aire tal como podría hacerlo un lobo.

Y cuando el bosque adquirió el aspecto y la atmósfera de hacía dos noches atrás, Maite quiso ir a su casa:

—Este es el momento para salir —me dijo, con total convencimiento.

—¿Está segura? ¿No es peligroso el bosque a estas horas? —repliqué.

A lo que ella me respondió, con una calma inusitada:

—Nada nos pasará, confíe en mí.

Aquella dulce joven que conocí el día que fui a almorzar a su casa se había endurecido. Su seguridad me dio valor, aunque el miedo seguía agazapado en mí como un gato dispuesto a saltar. Tomé la escopeta y un farol que no quise encender para no delatarnos, y salimos.

Subimos por la cuesta que está al costado norte de la casa, hasta que llegamos a una senda apenas marcada que, según ella me dijo, era el andabide de mi propia casa.

Ella iba adelante. El bosque estaba otra vez en un antinatural silencio, parecía que todos los animales hubiesen huido. A lo lejos, en las cumbres de algunos montes, se veían otra vez las fogatas. Aquí y allá había agrupamientos de piedras, unos con forma de círculos, otros cuadrados, otros simples amontonamientos. Y hasta había algunos cromlechs que tenían una geometría tan extraña que mareaba el solo verlos y cuyas piedras estaban apiladas de tal forma que era imposible deducir cómo no se caían. Y todo cubierto con el omnipresente musgo.

Cada tanto, Maite se detenía y miraba hacia todos lados, parecía ver algo que yo no. Y de pronto me di cuenta: algo daba al bosque una enfermiza y muy tenue luminosidad blanca, teñida de un leve tono verdoso.

Los vascos llaman a la luna *Ilargi* que significa luz de los muertos. Viendo el bosque esta noche, hubiera estado de acuerdo con el primero que denominó al astro de esta forma. Pero hoy la luna no había salido, de modo que algo más lo iluminaba. No me imagino qué.

El valor que tuviera al salir iba perdiendo terreno. Nunca había cruzado un bosque normal de noche, y este no se me hacía un bosque normal.

Maite seguía sorprendiéndome. Mientras que yo tropezaba una y otra vez con las nudosas raíces, ella avanzaba muy segura por entre los añosos y retorcidos árboles, ni siquiera miraba el sitio donde pisaba. Parecía un lobo cazando.

El bosque se iba cerrando y tornándose más ríspido. La luminosidad blancuzca creaba extrañas sombras, incluso algunas parecían moverse. Sentía que todo el bosque nos vigilaba: hasta la última piedra.

Ya habíamos recorrido buena parte del camino cuando, de pronto, ella frenó su marcha. Dos hombres, con el mismo uniforme que aquellos extranjeros que habían llegado al pueblo, estaban clavados con arpones a sendos robles. Unos objetos que reconocí como dos de los sangradores que había visto en la casa de Don Zugazagoitia se incrustaban en la axila izquierda de cada uno de ellos. El charco de sangre a sus pies formaba un pequeño barrizal que ostentaba singulares huellas que no pude reconocer. Tenían las bocas abiertas como intentando dejar escapar un grito que nunca salió. Sus miradas estaban clavadas en los arpones, y su piel cerosa había perdido todo color vital. El tétrico cuadro estaba subrayado por el lento crujir de las ramas de los árboles. Levanté la mirada al dosel de hojas sobre mi cabeza para verificar un inexistente viento cuando un sonido peculiar me heló la sangre y trajo a mi memoria la inscripción en la makilla del señor Zugazagoitia: tekelili. Cuando me acerqué a Maite para preservarla de tal espectáculo, me dijo con una sonrisa feroz en su boca, mientras señalaba a uno de los cadáveres:

—Ese cerdo dirigía el grupo que entró a mi casa.

Otra vez el sonido de madera golpeando madera.

—Las txalapartas —dijo Maite.

Me acerqué temblando al cuerpo señalado y en su chaqueta pude ver su rango y su nombre. Las insignias de las solapas tenían tres hojas muy similares a las del árbol del cual pendía el hombre, subrayadas por dos rombos. Junto a ellas estaba el nombre del oficial: Lex Distel. La pistola Luger estaba aún en su funda.

Cuando todavía no me había repuesto de la conmoción, Maite me tomó del brazo para que siguiéramos. Al parecer ya estábamos cerca de la casa pues llegamos muy pronto. Entramos por la parte posterior.

Una vez adentro, mientras intentaba prender el farol, tropecé con algo tapado por una manta. Al destaparlo comprobé que era Andoni, con la cara hinchada y amoratada por los golpes y un tiro en la frente. Reprimí una exclamación de horror y volví a taparlo.

Todo estaba revuelto y desparramado por el piso.

Maite quiso ir al piso de arriba. No pude detenerla y decidí seguirla con la exigua luz del farol, aunque ella parecía no necesitarla. Entró corriendo a lo que, me dijo, era la habitación de Argi, pero no había nadie allí.

Volvió a salir corriendo escaleras abajo y la seguí hasta el escritorio de su padre.

Al entrar, su mano ahogó un grito, sus ojos se llenaron de lágrimas y su expresión, de furia.

Iñigo Zugazagoitia estaba atado a su silla con la cara y el cuerpo lleno de golpes, y dos tiros en la frente. Supe de inmediato que su mayor tortura no fue la de su cuerpo sino la de su alma.

Frente a él, sobre el escritorio, estaba tendida Argi. La pequeña tenía cortada la garganta y su cabeza ensangrentada casi no tenía cabellos. Maite se agachó y recogió un mechón del piso; acarició con delicadeza la pequeña mano cuyos dedos estaban quebrados.

Aquello era el colmo del salvajismo humano, sólo Dios podía saber lo que la muchacha estaba sintiendo ahora.

Me acerqué al cadáver de su padre y le cerré los ojos.

Sin decir nada y antes de que yo pudiera reaccionar, ella levantó a su hermana y la cargó en brazos. Como si el cuerpo no tuviera peso, la llevó escaleras arriba, hasta su dormitorio, y la colocó en la cama. Luego se arrodilló junto a la cabecera y lloró sin parar por lo que me parecieron horas. Cuando sus lágrimas se habían agotado, regresamos a la planta baja.

Al ir hacia la puerta, entramos al escritorio. Maite besó la cabeza de su padre a modo de despedida, tomó la makilla que estaba tirada en un rincón y salimos.

Dejé a Maite en la casa de Arantzazu y fui a la parroquia a hablar con el padre Sagasbarría. Cuando estaba llegando vi al grupo de extranjeros uniformados entrar a la Iglesia. Decidí permanecer oculto, si intentaba ayudar probablemente sólo conseguiría que me matasen y Maite quedaría sola.

Pasé escondido mucho tiempo. Varias veces oí las campanadas de a cuarto de la parroquia; en ese tiempo pensé sobre todo lo ocurrido desde mi llegada, en la espantosa situación en que me había visto envuelto, en mis miedos sin sentido que ahora parecían tenerlo, en lo poco halagüeño que se veía mi futuro y en Maite. En la necesidad que tenía de protegerla y en el cariño que le tenía. Me sentía muy sorprendido de mí mismo y de este sentimiento que albergaba por la muchacha; de lo corto del tiempo que hacía que la conocía y de lo mucho que me sentía ligado a ella.

Finalmente salieron. Una vez que se alejaron corrí hacia la puerta preguntándome si no habría sido un cobarde en esperar hasta ese momento. Temiendo lo peor, entré, me santigüé, e ingresé en la nave. El padre Sagasbarría estaba de rodillas delante del altar, rezando. Caminé despacio hasta él, mirando los innumerables destrozos en los altares de las capillas y hasta en el retablo. Los tubos del órgano medieval yacían, abiertos y desgarrados, sobre las filas de bancos de madera. Por doquier había trozos de mampostería. ¿Qué podía ser tan importante, como para matar y destruir como fieras salvajes? Me arrodillé junto al padre y recé con él.

Cuando terminamos, me miró y me dio las gracias; lo cual me hizo sentir peor de lo que ya me sentía. Lo ayudé a levantarse y fuimos a la sacristía.

Recién ahí me animé a hablar:

—¿Está usted bien, Padre?

Su voz cansada me respondió:

—Sí, gracias, hijo mío.

Le alcancé una copa de agua y le pregunté:

—¿Dijeron qué buscaban?

—Sí —dijo en un susurro—, y debí darme cuenta antes. Es un libro, uno que nunca debió existir. Lo llaman el Libro de los Nombres Muertos.

Miré los destrozos a mi alrededor y dije:

—¿Tan valioso es como para esta profanación? ¿Como para asesinar a una niña de catorce años?

Se quedó unos minutos en silencio, como sopesando el dolor, como decidiendo si debía contarme o no lo que me dijo a continuación:

—Es un libro de conjuros antiquísimo. Se cree que la primera versión es del año mil antes de Nuestro Señor Jesucristo. Se le atribuye a un árabe llamado Abdul Alhazred. Hay muy pocos ejemplares en diversos idiomas. De algunos se conoce su paradero, de otros, no.

»Según tengo entendido en Euskadi hubo tres: el rey de Navarra trajo a la vuelta de la sexta cruzada, hacia el 1242, dos espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo —desde Jerusalén— y un ejemplar de este libro en Latín, traído de Sidón.

Lo dejaron en custodia de unos sacerdotes en Roncesvalles y en 1558 fue descubierto por los inquisidores. Todos los sacerdotes que lo custodiaban fueron quemados en la hoguera por herejes y del libro no se supo más.

—1558… El año del proceso llamado De las brujas de Zeberio, el pueblo de mi abuela en Bizkaia.

—Sí, conozco sobre ese proceso. El otro ejemplar fue traído por los godos que huían de los árabes, tal vez por eso fueron a Argineta; pero ese ejemplar nunca se encontró.

Irritado, lo interrumpí:

—¿Y por qué un libro de magia, por más antiguo que sea, es tan importante?

El sacerdote me respondió de inmediato:

—Sus conjuros sirven para despertar criaturas más allá de nuestra comprensión humana. Criaturas que han venido allende este mundo, y que razas prehumanas, que aún subsisten en los más oscuros rincones del orbe, adoran como a dioses.

—Padre, ¡por Dios! ¿Usted no creerá en esos oscurantismos?

—¿Te mentiría, acaso?

Ante esa revelación, todo mi marco conceptual se hizo astillas.

—No —respondí.

Sentí como si un peso de varias toneladas fuera depositado sobre mis hombros.

Una terrible angustia se instaló en mí. El mundo allí afuera, a la luz de este conocimiento, ya no era el mismo. Mi razón pugnaba por rebelarse contra aquello, pero algo muy dentro me decía que estaba frente a una verdad incuestionable; enferma y demente, sí, pero incuestionable.

Una pregunta surgió de pronto en mi mente y la expelí de inmediato:

—Pero, ¿qué tiene que ver la familia Zugazagoitia con el libro?

El Padre suspiró y me dijo:

—¿Te contó sobre sus ancestros que se dedicaban a la pesca?

Aventuré intrigado:

—Sí, lo hizo.

—¿Te mencionó acaso el nombre de sus últimos navíos?

—Sí, creo recordar que se llamaban Hondos o Profundos…

El Padre volvió a suspirar y prosiguió con calma:

—Profundos. Los Profundos son una de esas razas prehumanas que nombra el libro. Son seres parecidos a batracios que, cuando están en tierra, caminan erguidos en dos patas, como hijos de hombre; pero viven en las profundidades del mar.

Algo golpeó mi memoria, recordé entonces la leyenda iroquesa que el Señor Zugazagoitia refiriera y en la que se mencionaban seres parecidos. Algo en mi rostro me delató, pues el padre me miró como si yo ahora comprendiese algo más.

Metí la mano en el bolsillo interno de mi saco y extraje la medalla que me había regalado el padre de Maite; se la mostré. Él la tomó de mi mano, la miró con detenimiento y movió la cabeza lentamente, en forma afirmativa, y continuó con su relato:

—El invierno había sido muy crudo para Islandia en 1615. Tres navíos, propiedad de los ancestros del señor Zugazagoitia, llegaron a sus costas en el verano de ese año y se quedaron hasta el otoño. La noche del 20 de septiembre, una tempestad arrastró hasta la costa dos icebergs que hundieron dos de los barcos e hicieron encallar al otro. Tres días después, los náufragos partieron hacia Jokulfirdir a donde llegaron el 26 del mismo mes. Un barco llevó a dos tripulaciones hasta Geirseyri, la otra se dividió en dos: una parte se dirigió a la isla de Aedey, y la otra a Pingeyri, en Dyrafiordur.

»El rey danés había firmado un decreto permitiendo a cualquier ciudadano atacar a cualquier extranjero que alterase la paz. Así que dos hombres de Dyrafiordur armaron una partida y dieron muerte a todos los hombres del grupo que había ido a Pingeyri, acusándolos injustamente de pillaje. Debido a esta acusación, el gobernador reunió cincuenta hombres y persiguió al resto de los pescadores. Éstos entregaron sus armas como muestra de buena voluntad, pero fueron masacrados. Uno de los hombres del gobernador dio un hachazo en la clavícula a J. C. Zugazagoitia, capitán de uno de los barcos quien, como era corpulento, se deshizo de quienes lo retenían y corrió hacia el mar, pero fue perseguido y recapturado, cortándole una mano en el proceso. Luego, lo llevaron a la playa y le infligieron un corte desde el pecho hasta la cintura, de modo que, cuando quiso volver a pararse, cayó muerto con las entrañas volcándose al piso.

»Sólo tres hombres escaparon, dos de ellos Zugazagoitia. Blasfemaron contra Dios por haberlos abandonado y, un par de días después, los

Profundos aparecieron, venidos de su ciudad en el Mar del Norte: G´ll Hoo. Los tres marinos aparecieron en las playas de Donostia en una chalupa.

»En Islandia hubo hambrunas, pestes, matanzas. Casi muere toda la población. Cuando las nuevas naos de la familia volvieron a pescar en la zona, regresaban repletas de manufactura de ballenas y bacalaos. A cambio, los miembros de la familia se unieron con ellos y engendraron híbridos.

»Y, lamentablemente, siguen en contacto con ellos. No sé qué tan estrechamente.

Era demasiado para mí, no podía creer lo que el padre me contaba. Un frío recorrió mi espalda al recordar los extraños síntomas de Maite. ¿Tendrían que ver con la existencia de esos híbridos que me relatase el sacerdote? Mientras trataba de acomodar mis ideas, el padre interrumpió mis pensamientos:

—Ven conmigo, hijo.

Me condujo hasta el altar mayor. Nos arrodillamos detrás de él. La base del mismo era una caja de madera recia, finamente tallada. Las armas de los profanadores apenas si lo habían mellado, parecía macizo.

El Padre abrió un compartimiento por un procedimiento que no pude ver, y extrajo una caja de la misma madera. La abrió con el sello de su anillo y tomó un libro. Al hacerlo cayeron dos sobres, uno cuyo remitente pertenecía a A. Crowley, y el más grande, que venía de Providence y había sido enviado por un tal H. P. Lovecraft.

No podía creer lo que veía; el libro era antiquísimo, un verdadero manuscrito, y estaba forrado con piel de ballena. Pude ver que había sido escrito en euskera. Tenerlo entre mis manos hizo que me envolviera un frío de muerte.

—Este es el tercer ejemplar, lo encontré hace veinte años en el dolmen Jentillarri, cuando hacía trabajo de campo investigando a los antiguos pobladores del lugar. Es un misterio el cómo llegó hasta allí o quién lo tradujo, pues no hay indicación alguna en él al respecto.

Al verme observar sus páginas, el padre me indicó:

—Lee la frase inicial, está en latín y euskera.

—Que no está muerto lo que yace eternamente / Y con los evos extraños hasta la muerte puede morir —traduje rápidamente.

—Esas blasfemias —acotó él— yacen en los lugares más recónditos de la Tierra y del Cielo, y no deben despertar. Este libro no debe caer en manos de los extranjeros, ni de los seguidores de esas blasfemias. Llévalo, no tienen forma de relacionarte con él.

—Pero, padre… —dije con voz temblorosa.

El sacerdote ignoró mi queja y prosiguió:

—Y llévate también esto —me alcanzó las cartas y un paquete—. Son notas mías, estoy recopilando todo lo posible sobre nuestra mitología y nuestras leyendas, y hay algunos puntos de contacto que me llaman mucho la atención.

—¿Cree que tengan algo que ver? —agregué.

—Mikel, somos un pueblo muy antiguo, hemos visto muchas cosas que recordamos y otras que no; y otras que, consciente o inconscientemente, quisimos olvidar y por eso tal vez las disfrazamos.

»¿Tu abuelo te mencionó alguna vez a Sugaar?

—Sí, el ser mitad hombre mitad serpiente.

—Hace doscientos setenta y cinco millones de años evolucionó una raza de hombres-serpiente que fundó el reino de Valusia en lo que hoy es el mar Mediterráneo. Y hace doscientos veinticinco millones de años el reino cayó en decadencia y muchos hombres-serpiente murieron, pero otros fueron a las cavernas y fundaron otros reinos, como el de Yoth.

Como vio que mi asombro y mi miedo hacían que no pudiera emitir palabra, prosiguió.

—¿Y sabes algo sobre Akerbeltz?

—Sí, el macho cabrío negro, es una de las representaciones de Mari, la madre tierra para los vascos. Por eso muchos quieren que en su rebaño haya un carnero negro, para que lo proteja.

—Bien, muchas razas prehumanas adoraban a Shub-Niggurath, también llamada Cabra Negra de los Bosques con el Millar de Retoños, como a la madre tierra.

»Todo esto te lo he dicho para que veas tú también los puntos de contacto que he notado yo mismo.

Tomé las cosas que me ofrecía y me quedé un rato mirándolas. Lo que me contaba era pavoroso, ¿era posible alguna conexión?

—Padre, a veces no es bueno que el hombre una todos los puntos de su conocimiento… Pero no, no puede ser cierto —insistí—, ¿usted vio alguna criatura, un Profundo?

—No un Profundo, pero sí un híbrido.

—¿Aquí en el pueblo?

—Sí, están aquí ahora. Supongo que tratarán de impedir que los extranjeros encuentren el libro y se lo lleven.

Me quedé meditando en eso, más allá del horror y la sorpresa, las piezas estaban empezando a encajar en mi cabeza.

El padre agregó, mientras me miraba fijamente a los ojos, tal vez leyendo mis reacciones:

—Ayer encontraron a dos de los oficiales extranjeros, creo que se hacen llamar SS. Estaban en el riacho del molino Olazuriaga, debajo de sus ruedas de piedra. Sólo una criatura semejante tendría la fuerza para levantar ese peso y descargarlo sobre esos hombres.

Me sobresalté con la noticia y agregué:

—Maite y yo encontramos en el bosque a otros dos clavados a robles con arpones balleneros.

El padre asintió, mientras agregaba:

—Hoy al mediodía cayó uno por el kablea. Estaba ahorcado con un alambre de púas y colgado del cable. Su cuello estaba bañado en sangre.

—¿Kablea?

—Sí, lo inventamos aquí, es un sistema de cables que sirve para bajar los fardos de pasto desde los montes a algunos caseríos.

—Veo que los dos bandos están dispuestos a todo por esto —le dije mientras levantaba en mis manos el libro que él me había dado.

—Por desgracia, me temo que sí.

Me sentí tan abrumado con todo aquello, apenas si podía vislumbrar la terrible responsabilidad que me habían colocado sobre los hombros, y encima no podía dejar de pensar en Maite.

—Padre —le dije finalmente—, creo que es hora de irme.

—Sí, hijo; espérame un segundo.

Fue hasta la sacristía a buscar una pequeña valija, y me la dio para guardar las cosas que debía llevarme. Me dio la bendición, y me fui.

Una vez afuera sentí la cabeza embotada. Caminé despacio hacia la casa de Arantzazu. Entre todos los pensamientos que se amontonaban en mi cabeza, estaba Maite. Todavía se hallaba en serio peligro. Una idea me golpeaba el cerebro y me angustiaba terriblemente: ¿sería Maite una híbrida? No podía dejar de pensar en el malestar de la noche anterior. Sabía que debía haber otras explicaciones para sus síntomas, pero francamente no podía hallar ninguna.

Sin darme cuenta y casi por inercia, llegué a la casa de Arantzazu. Golpeé la puerta y esperé. Después de un rato volví a golpear y me abrió Maite.

—¿Estás bien? —dije lleno de inquietud.

—Sí, no se preocupe. Arantzazu me ofreció quedarme aquí. Ya no lo molestaré en su casa.

—No eres una molestia, además esta casa está en peligro. Ya sé lo que esos hombres buscan, me lo dijo el padre Sagasbarría, y el próximo lugar donde van a buscarlo es en la biblioteca y Arantzazu es la bibliotecaria. Es más, ella y Lora deberían venir con nosotros.

—Ellas no pueden moverse de aquí ahora —replicó Maite— y debo quedarme con ellas.

La tomé de las manos y me miró sorprendida.

—El padre me contó sobre tu familia y el libro; no dejarán de buscarte y no tienen cómo relacionarte conmigo.

Ella bajó la vista y dijo casi tímidamente:

—¿No tiene miedo de mí?

—Todo lo que ocurrió desde que llegué me da miedo. Todo lo que me contó el Padre me da miedo, pero tú no.

—¿Por qué no?

—Y si tu familia viviera, tampoco me darían miedo.

Volvió a preguntarme: ¿Por qué?

Nos miramos a los ojos con tal intensidad que sentí que el corazón me salía del pecho. Luego agregó, resuelta:

—Está bien, iré con usted. Voy a despedirme.

Al rato salió. Escondiéndonos lo mejor posible volvimos al andabide, y regresamos a mi casa.

El bosque me daba más pavor que nunca. Si antes sentía que hasta las piedras nos vigilaban, ahora sentía que todo el bosque nos acechaba.

Llegamos, cenamos en silencio, y fuimos a descansar. Acompañé a Maite hasta su cama, y una vez acostada, me despedí con un largo beso en su frente. Nuestros ojos se miraron durante unos segundos, y me fui a mi habitación.

Cuando mi descanso era tan profundo como la noche, me despertó el grito de Maite.

Tomé la escopeta y corrí a su habitación, pero no era lo que yo pensaba.

Maite estaba sentada en la cama tomándose el vientre. Cuando la toqué estaba fría como la otra vez y su piel estaba tornándose blanca y resbalosa como la de un sapo, justo frente a mis ojos. Los vómitos volvieron mientras su pelo comenzó a caerse.

Evidentemente estaba transformándose en una Profunda. Según el padre algunos se transformaban completamente, otros conservaban características humanas.

Se retorcía de dolor y mi angustia iba en aumento, no sabía qué hacer para mitigar su sufrimiento.

Corrí a buscar el libro, recordé que el padre me había dicho que existía una letanía que aceleraba la transformación, pero cuando lo tuve en mis manos, caí en la cuenta de que estaba en euskera y no iba a entenderlo.

Volví a la habitación y Maite se había caído al piso. De algún modo se había deshecho de sus ropas, tenía las manos y las rodillas apoyadas contra el suelo y estaba orinándose profusamente, como alguien que ha perdido todo control sobre su propio cuerpo. El olor acre aumentaba lo repulsivo de toda la escena.

La piel de su espalda y de los glúteos, así como la de la parte posterior de sus brazos y piernas, estaban tornándose verdes y le estaban creciendo escamas.

Era tanta mi desesperación que me quedé paralizado, mirando sin hacer nada. Sólo podía sudar y temer.

Una especie de tela muy fina comenzó a recubrirla, me agaché a su lado para quitársela, pero ella con voz gruesa emitió un largo y potente No.

Se acostó allí mismo, en el piso, en posición fetal, y la tela la cubrió.

Estuvo así, quieta y envuelta, casi siete horas.

Lo primero que asomó fue un pie que parecía haber conservado su forma. Sus manos tenían dedos humanos con membranas entre ellos. A los costados del tronco tenía branquias, y era blanca y lisa por el frente, mientras que por detrás tenía escamas y un color verde intenso.

Su cara aún era humana, levemente más ancha que un rostro normal. Ya no tenía cabello ni dientes, y sus labios casi no se distinguían. Sin embargo había una cualidad especial en ella: con todo, aún era el rostro de Maite.

Sin poder evitarlo noté que sus senos habían desaparecido, pero no sus pezones.

Fue levantándose de a poco. Sus glúteos y su sexo seguían estando. Cuando ya estaba de pie, me miró, y retrocedió hasta llegar a la pared.

—¡No temas, soy Mikel! ¿Me recuerdas?

Con voz casi gutural me contestó con un largo Sí.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

Su voz volvió a resonar:

—¿Por qué no tienes miedo o asco de mí? Cualquier otra persona habría huido.

—Porque eres Maite y nunca te tuve miedo.

La voz se volvió más grave y triste:

—Ya no soy Maite.

No dudé ni un instante:

—Sí, lo eres.

De a poco me fui acercando a ella con las manos extendidas.

Se tomó la cabeza con las manos y se cayó. Por suerte pude llegar a ella antes de que se golpeara.

La puse en la cama. Probablemente el cansancio la había vencido, o tal vez fuera parte del proceso. Pude notar que su cuerpo tenía una viscosidad verdosa y trozos de la membrana que la había recubierto. Tomé una toalla y la limpié.

Durmió casi un día completo.

Cuando despertó, yo estaba sentado a su lado.

—Hola.

—Hola —respondió.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

Recordé su primer intento de transformación y le pregunté.

—¿Tienes hambre?

—Debo irme.

Sentí que una garra me atenazaba el pecho:

—¿Por qué? —pregunté.

—Debo estar con los míos.

—Los humanos también somos los tuyos.

Ella me miró con una mezcla de sorpresa y angustia:

—Pero sentirán repulsión al verme.

—Yo te cuidaré. Te puedes quedar aquí, conmigo.

—¿Por qué quiere protegerme?

—Porque te conozco —mentí.

—Ya no soy la Maite que usted conoció.

—Te amo.

Se quedó mirándome. Sus extraños ojos parecieron llenarse de lágrimas. Me acerqué y le apoyé la mano en la mejilla. Su piel era fría pero en lugar repulsión, me provocó mucho placer el tocarla.

Acaricié su cabeza sin pelo; mientras seguía mirándome, bajé la mano por el costado de esta y se estremeció cuando acaricié su casi inexistente oreja izquierda. Ella tomó mi mano y casi envolvió mis dedos con las membranas que había entre los suyos.

Seguí recorriendo su cuerpo. Su pecho era liso como su abdomen, pero conservaba los pezones duros y erguidos siempre. No pude contener mi creciente frenesí y apreté uno de ellos con mis dedos. Maite inclinó su cabeza hacia atrás, tomó aire sonoramente, y gritó un sonido grave.

Me acerqué para besar sus labios, que ahora eran más gruesos que antes, y entreabrió su boca. Sus labios fríos me estremecieron y su lengua, más delgada y larga que la de un humano, recorrió toda mi boca hasta descender por mi garganta.

Su boca estaba impregnada de un líquido más viscoso que la saliva, de un sabor agradable, y todo su interior era extremadamente suave.

Al tomarla del talle apoyé mis manos en sus branquias, y por un momento, sus jadeos y gritos me asustaron.

Perdido en mi pasión, levanté sus brazos y comencé a lamer su axila izquierda, no sé qué locura de amor me movía, pero jamás había sentido tanta fogosidad. Descendí con mi lengua hasta sus branquias, las lamí, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Moví las manos por su espalda y sentí sus escamas; pronto comprendí que estaban recubiertas de un líquido que hacía que no me lastimaran las manos, sobre todo al acariciarlas a contrapelo que era cuando hacía que su cuerpo temblara como una hoja.

Besar sus pezones, y al mismo tiempo, acariciar las escamas de su espalda, hicieron que su voz enronqueciera.

El ardor la impulsó hacia mí y lamió mi cara con intensidad. Su lengua también exudaba esa agradable viscosidad que me estimulaba y ahora era yo el que temblaba como una hoja.

Cuando ya no pude contenerme más, comencé a quitarme la ropa, sin pensar en el mundo, ni en la ley, ni en el Cielo; y mientras lo hacía, ella se dio vuelta, apoyó sus rodillas y sus manos en la cama, y me ofreció su sexo. Ese era el único orificio que tenía y ya estaba abierto, salía de él la misma viscosidad que —ahora me daba cuenta— la cubría por completo.

Fue simple y glorioso entrar en ella. Su interior, frío, se cerró exquisitamente como un guante. Allí dentro podía sentir como mi sexo se endurecía y crecía en la confluencia de presión, viscosidad y frío.

Comencé a moverme muy lentamente, ella jadeaba, y yo transpiraba sin cesar. El tiempo parecía haberse detenido. Mis movimientos fueron cada vez más rápidos y sus escamas fueron irguiéndose una a una.

Un espasmo de su sexo oprimió el mío, y me derramé en ella.

Al separarnos se desplomó rendida y yo me acosté sobre su espalda. Despertamos pasado el mediodía.

Maite decidió quedarse conmigo y fue tanta mi felicidad que, por un instante mientras la besaba, me olvidé de todo el horror que se cernía sobre nosotros.

Mientras pensaba en los cambios que tendría que hacer en la casa para ella, Maite permanecía sentada en el piso, debajo de la ventana, atenta a todos los sonidos.

Cuando el sol había caído y la noche se apoderó de todo, oyó algo que la hizo prestar atención.

—¿Qué escuchaste?

Ella contestó, absorta:

—Esta noche tenemos que ir.

—¿Adónde? —pregunté preocupado.

—A la cueva.

Mi inquietud iba en aumento:

—¿Qué cueva? ¿A qué?

Cuando estaba por contestarme, se empezó a oír a lo lejos una refriega. Fue muy intensa, algo grave estaba ocurriendo. Tal vez la resistencia o algún batallón de gudaris estaba intentando recuperar el pueblo. Luego de un tiempo que no pude precisar, tan de repente como había empezado, terminó.

Cenamos tarde. Pasada largamente la medianoche me instó a salir; tomó la makilla de su padre, yo recogí un farol, y me guió otra vez. Traté de detenerla y de que me explicara qué sucedía, pero fue inútil, así que la seguí.

Recorrimos el andabide hasta su casa y entramos por atrás.

Los cadáveres ya no estaban. Fuimos hasta la sala principal y nos acercamos a la chimenea. Maite se metió en el hueco y empujó la pared. Un túnel oscuro se abrió ante ella, entró y comenzó a caminar. Yo me quedé parado, mirando sin comprender nada.

Recordé de pronto lo que me contaba mi abuelo, sobre la leyenda que hablaba de la conexión mediante túneles, entre algunos caseríos y las cuevas. Parecía que finalmente no eran leyendas.

Maite se dio vuelta y me llamó:

—Vamos, rápido.

Entré y Maite cerró el acceso. El túnel descendía muy abruptamente, era bastante difícil bajar por él. El olor a moho rancio era insoportable. Un fango blanco, como una baba pringosa, cubría casi todo el piso y las paredes. Me resbalé varias veces y por más que me iluminara con el farol, era casi imposible caminar firmemente por allí.

El túnel comenzó a ensancharse de a poco.

Después de un rato ya no sabía qué tan profundo estábamos.

No le pregunté adónde íbamos, confiaba en ella, pero aun así tenía miedo.

El olor a humedad lo impregnaba todo. Animalillos blancos de distintas formas y tamaños se cruzaban en nuestro camino. Algunos se arrastraban por el cieno, otros caminaban y otros volaban. Había incluso algunos gusanos, del tamaño de un dedo humano, que emitían luz propia.

El recinto se agrandó de pronto, parecía que habíamos dejado el túnel y habíamos llegado a una cueva.

Las estalactitas colgaban del techo armando formas maravillosas y las estalagmitas crecían desde el piso como imponentes columnas.

Cualquier ruido que hacíamos se multiplicaba por cientos. En nuestro camino pasamos por una cámara con pinturas rupestres. Detuve a Maite: era maravilloso estar allí rodeados de osos, lobos, caballos y toros rojos como los de las leyendas. Me puse a llorar como un niño, pero la distracción casi nos sale cara.

De pronto un intenso olor a mar invadió el lugar. Un grupo de seres nos rodeó y nos tomaron de los brazos, hasta que Maite les mostró la makilla. Hablaron entre ellos en un idioma ininteligible y nos soltaron.

Por su aspecto eran Profundos e híbridos. Seguramente la makilla significaba algo para ellos, puesto que el que parecía ser el líder del grupo, habló con Maite en una mezcla de su idioma y euskera. De entre el grupo surgió una híbrida a la que reconocí: era Lora, la hija de Arantzazu. Se abrazó a Maite y se besaron profundamente.

Arantzazu había sido asesinada y ella tomada prisionera, la refriega que escuchamos había sido su rescate.

Seguimos al grupo durante un largo trecho hasta que llegamos a un sitio enorme; era tan grande que albergaba un lago en el centro. Mi abuela lo había mencionado, pero no recordaba el nombre.

En lo alto volaban murciélagos blancos. Las formaciones rocosas eran imponentes, pero lo más increíble era el fuego verde en el centro del lago.

Un grupo de Profundos se movían a su alrededor.

En todo el borde del lago había, entre los soldados extranjeros y los que habían tomado el pueblo, aproximadamente unos cincuenta hombres puestos de rodillas y con sus cabezas mirando el piso. Como si los obligasen a reverenciar algo invisible.

Alguien comenzó a entonar una letanía y los cientos de profundos que estaban en el lugar lo siguieron. Ponía los pelos de punta escucharlos. Y entonces algo sucedió.

Una masa informe y etérea apareció sobre el fuego. Pronto comenzó a tomar substancia. Era un ser indescriptible, ninguna mente humana podría prefigurarlo de modo cabal.

Los prisioneros gritaban, pedían perdón o lloraban.

En ese momento las formas comenzaron a desdibujarse. Los cuerpos de algunos de los prisioneros se cristalizaron y partieron en pedazos, y era como si cada uno de esos pedazos continuara pidiendo piedad; otros se pulverizaron desde la cabeza a los pies y fueron succionados por un torbellino. Se podía sentir de alguna forma cómo sus mentes, aún conscientes, entraban en el caos. El último destello de sus rostros deformados mostraba el mismo horror que revelaran los cadáveres de los soldados extranjeros con los que nos habíamos topado. Ahora podía comprender aquel terror.

La multitud de seres gritaba ¡Azathoth!, ¡Azathoth!, ¡Azathoth!

Y el incomprensible ser pronunciaba palabras, por suerte, irrepetibles.

El frenesí iba en aumento hasta que nos dimos cuenta de que habíamos abandonado esta dimensión y este tiempo. Millones de planetas, estrellas y galaxias pasaban a nuestro alrededor. Maite no soltaba mi mano.

Focos de creación de materia y energía, por doquier. Luces, planetas solidificándose, estrellas explotando, seres inconcebibles moviéndose en el espacio. Planetas con ciudades gigantescas hechas con exóticas piedras de color negro y vetas azules, y que seguían extrañas geometrías en su

construcción; habitadas por seres que eran gigantes para nosotros y pequeños para sus propias ciudades.

Estábamos en el caos primordial, en el centro de la creación. Lo que estábamos viendo era tan maravilloso y aterrador, que mi mente colapsó.

*L*o siguiente que recuerdo es que desperté en mi cama con Maite y Lora sentadas a mi lado.

Cuando ambas se convencieron de que estaba bien, Lora se despidió. Ella se iría con los Profundos.

Maite se quedó conmigo, como lo había prometido.

Es muy difícil esconderla, pero vale la pena. Sólo sale durante la madrugada y nunca se aleja de la casa.

Yo estuve casi cinco meses enfermo de los nervios. Me curaron los cuidados de Maite y la atención del nuevo doctor del pueblo, pero todavía vienen a mi sueño pesadillas que me hacen despertar sobresaltado.

A mediados del año siguiente cayó Bilbao, y con ella todo Euzkadi, en mano de los fascistas. Por suerte, no encontraron el libro ninguno de los dos bandos, ni los nazis ni los Profundos. Maite se esfuerza en mostrarme que eso es lo mejor, y yo lo sé, pero a veces me siento culpable de tanta destrucción.

Las bestias de las SS, al no poder entrar en Gernika para buscar el libro, decidieron con la anuencia de los sediciosos borrarla del mapa. Y lo lograron. Pero por suerte, sus bombas no pudieron ni con la Casa de Juntas ni con el viejo roble que permanece allí como un faro de libertad.

El `padre Sagasbarría murió mientras dormía a fines de 1937. Ese mismo año también perdí el inestimable consejo del señor Lovecraft, quien más conocía sobre estos seres de horror.

Ya pasaron diez años desde que llegué. Aquí siguen gobernando los sediciosos, y parece que no se irán nunca. Mi trabajo de investigación va lento. La mitología vasca es oral y se han perdido muchas cosas. Para poder leer el Libro de los Nombres Muertos tuve que aprender varios dialectos del euskera; gracias a Dios tuve en Maite a una excelente maestra.

Saber que solo somos una mota de polvo en el universo es muy aterrador. Saber que existen razas prehumanas en el fondo del mar o de la tierra, que realizan bajo nuestros pies ceremonias como las que he sobrevivido, es angustiante. Saber que nadie conoce a ciencia cierta cuántos libros hay y en manos de quién están, es un tormento que a veces no sé si podré sobrellevar por más tiempo.

No sé qué es mejor, si saber más o quemar el libro y tratar de olvidarlo todo.

A veces temo por mi alma inmortal y por la de mi amada Maite, cuyo ser está inextricablemente unido a esos horrores de los abismos por los pecados de sus ancestros que se alejaron de la mano de Dios. Mi espíritu se debate en esta agonía: sé que la amo y que me ama, y sé que el amor sólo tiene una fuente, la Celestial.

He venido a estas tierras en busca de una herencia que resultó muy distinta de la esperada: no una casa, ni siquiera una historia, sino la sangre de los propios mitos clamando por un espíritu que los escuchara. Pero, ¿para qué?

Aún no puedo escapar a una última angustia nacida de aquella primera frase del libro: Si nada muere, ni el horror de los abismos insondables, ni el amor de un alma pura, ni la monstruosidad de la que es capaz el ser humano, ni la fe en lo Alto. Si el tiempo es un ciclo sin fin de destrucción y creación donde todo lo que fue, vuelve a ser… ¿Cuál es mi papel? ¿Cuál es el papel de esta pequeña mota de polvo que, por designio o casualidad, pudo al fin atar unos cabos que nunca debieron haberse unido?

© Guillermo Echeverría

Agradecimientos: *A Teresa, por su infinito amor. A Laura, por su cariño y su confianza. A los integrantes del Taller Los clanes de la luna Dickeana y a Diego Escarlón, por su ayuda y apoyo. Al bar Iberia, donde nos reunimos, por el maravilloso clima que generan sus mozos y su café doble con crema. Y a Myrian Fiorito, por su inestimable ayuda para documentarme en este cuento.*

Guillermo Echeverría nació en Buenos Aires, en 1967, en el seno de una familia de ascendencia vasca. Siempre sintió gran interés por su herencia cultural y muchos de sus relatos están relacionados con el tema. Trabaja en la hemeroteca de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, en ciudad universitaria. Junto a su esposa, Teresa Pilar Mira, fundó el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, y forma parte del taller literario Los clanes de la luna Dickeana. La revista NM ha publicado tres cuentos suyos, uno de ellos en colaboración con su esposa. En la revista PROXIMA publicó Ataun por primera vez.

En Axxón ya hemos publicado su cuento NIEVE.

Muerte en la pulpería

Eduardo Poggi

ARGENTINA

Verano tras verano se contentaba con la idea abstracta de posesión y con la certidumbre de que su casa estaba esperándolo, en un sitio preciso de la llanura.

Jorge Luis Borges

Ilustración: Valeria Uccelli

Sentado en el sillón del comedor, Murúa miraba las noticias de la tele. A sus casi ochenta, se descubrió ya acostumbrado a que todo fuera un resumen de robos, corrupción, drogas, violaciones y muertes. Incluso en ciudades y pueblos tranquilos del interior ocurrían: Cipolletti, Junín, Tornquist, Cañuelas. Las policiales difundidas por publicaciones amarillistas de gran tirada, cuando él apenas cumplía los siete, hoy se habían convertido en una rutina.

Hace setenta años, se dijo Murúa, se te revolvía el estómago si mirabas revistas como *Así* y *Ahora* colgadas en los quioscos. No te digo lo que sentías si llegabas a presenciar un accidente en las calles de Buenos Aires. Y peor si viste a un hombre matar a otro: te marca, te traspasa el alma para toda la vida. Lo sé por experiencia.

Enredado en esos recuerdos, una imagen y los comentarios del cronista sobre la muerte de un chico en una pulpería de José C. Paz llamaron su

atención.

¿Una pulpería? *¿Ahora?*

Con qué liviandad se manejan las palabras, pensó. En el periodismo oral, y hasta en los encabezados de los grandes diarios.

Cierto que *había* una pulpería a uno de los costados de *su* Josepás, la quinta donde vivió su niñez y adolescencia. ¿Pero hoy?

Él mismo lo había comprobado un año atrás: la quinta y sus queridos recuerdos habían desaparecido bajo casas de precarios bloques y chapas oxidadas. En un momento de nostalgia, había caminado hasta la estación La Paternal para tomar el San Martín hasta José C. Paz. Y se bajoneó al ver un Coto ocupando el predio de tres manzanas entre la estación y su entrañable casa. Incluso el descampado, la laguna y las zanjas donde había pescado ranas y anguilas, estaban ocupados por el estacionamiento del súper y el asfalto de las calles. Tampoco existía el ligustro que rodeaba la casa levantada por su viejo y sus tíos, sobre unos terrenos comprados por el abuelo. Ni siquiera habían sobrevivido los ciruelos, castaños, damascos, mandarinos, nogales y nísperos de los que tanta fruta habían cosechado.

Algo no funcionaba bien en la línea del tiempo: todavía le duraba la tristeza por no haber encontrado su querida quinta y lo que la había rodeado, y sin embargo, en las imágenes que acababa de ver en la tele, él reconoció la casa de ladrillos descubiertos y el ligustro y las zanjas. Y el tanque de cinc que albergaba dos mil litros de agua, y el molino mismo frente a la pulpería donde aprendió a jugar al truco de tanto mirar partidas. En aquella época de niño era cuestión de cruzar la calle, nomás: saltar una zanja, caminar unos metros por la tierra y esquivar el palenque armado a un costado de la pulpería.

Y ahora, decían, en esa Arcadia de su niñez se había cometido un asesinato.

¿El televisor funcionaba mal? ¿Cómo era posible que estuviesen transmitiendo imágenes de un pasado tan remoto? ¿Serían imágenes de archivo, acaso? Desde hacía un par de meses, tanto Teresa como los chicos le decían que estaba gagá. Él lo tomaba como chiste. Pero… ¿se lo dirían en serio, tendrían razón?

—Me voy a Josepás —dijo Murúa.

—Pero, viejo —Teresa salió de la cocina secándose las manos en el delantal—. ¿Otra vez con lo mismo? Tu Josepás ya no existe.

—Vení, Teresa —él señaló el televisor—. Miralo vos misma.

Ella se sentó a su lado, miró, y vio al conductor del noticiero sentado atrás de un escritorio.

—Recién… recién trasmitían de exteriores, Teresa.

—Viejo, te lo venimos diciendo —ella lo abrazó y le acarició la espalda—: Josepás no es más Josepás. Ahora es José C. Paz. Y en José C. Paz, matan gente. ¿No escuchaste?

—Sí, Teresa, escuché —Murúa se levantó—. Escuché, y también vi. —Agarró el bolso de sus objetos personales, se lo colgó al hombro, se puso la boina que usaba cada vez que salía y agregó—: Justamente, me voy porque escuché y vi.

—¿Qué viste? —Teresa daba zancadas atrás de Murúa con el brazo extendido, como si pretendiera detenerlo agarrándolo de la camisa—. ¿Qué viste, viejo?

—Vi a Josepás, Teresa —él sacó de su vasta biblioteca un libro descabalado, lo guardó en el bolso, y abrió la puerta decidido—. La casa, el ligustro, la zanja. Vi todo, Teresa. Tal como lo viví de chico. Hasta la pulpería vi. Y tengo una opresión acá. —Se dio vuelta y se puso la mano en el pecho—. Una pelota de arena que no me baja ni me sube. La muerte de ese pibe me ahoga.

—Pero… ¿qué culpa tenés vos? ¿Qué hiciste?

—No hice nada, Teresa. Eso, no hice nada. Y me ahogo de solo pensarlo.

—Viejo, ¿te sentís mal?

—Claro, te dije que me siento mal —Murúa pegó un portazo, y desde afuera gritó—: Vuelvo para la cena.

Ya en el hall de la estación, sacó el boleto de ida y vuelta a José C. Paz y preguntó el horario del próximo tren. Faltaban unos veinte minutos. Se sentó, metió la mano en el bolso, tanteó y sacó el libro. Acomodó los bordes de las hojas desparejas y lo abrió.

¿Justo este libro agarré?, pensó.

Lo fatigaban los libros de Borges: eran arduos. Si hubiera podido elegir, hubiera elegido uno de Conrad: más fáciles y apropiados para él. Siempre se sintió identificado con lord Jim, Kurtz, Razumov.

Muchos, se dijo, deben sentirse identificados con esos personajes de Conrad.

Leyó Edición especial para *La Nación*, buscó el índice en la siguiente hoja, y eligió el último relato del libro, El Sur: le pareció de extensión justa para leerlo antes de que el tren llegara.

En los primeros párrafos se dio cuenta de que ya lo había leído… y recordó que no lo había comprendido. Pero esta vez, después de franquear los primeros párrafos, le interesó la trama. Leyó con avidez, y las complejidades no le molestaron: no eran complicadas. Promediando la lectura, Murúa vaciló: ¿Dahlmann viajaba al campo donde había pasado su niñez, o soñaba que viajaba al campo donde había pasado su niñez? Para dilucidar esa duda, solo le faltaba una página.

Mientras la leía, oyó al tren llegando a la estación. Marcó la punta de la hoja con un doblez, cerró el libro y lo guardó en el bolso que, esta vez, llevó en la mano.

Se levantó y caminó hasta los vagones que esperaban en el andén. Las puertas se abrieron. Y, al subir, chocó con una mujer que bajaba. Él le vio una expresión de sorpresa a la morocha, y un impulso lo llevó a pasarse por la frente el dorso de la mano que sostenía el bolso. La mano salió empapada en sudor. Creyó percibir que algo —¿una hoja de plátano llevada por el viento?— había volado para caer entre el vagón y el borde del andén. Se dio vuelta y buscó a la morocha para preguntarle el porqué del asombro, pero no alcanzó a divisarla: se había esfumado.

Recorrió los vagones y dio con un asiento vacío. Se acomodó y abrió el bolso. Tras alguna vacilación, sacó el libro.

No encontró el doblez que había usado como marca. Entonces, abrió el libro en la última página, y por la numeración se dio cuenta: ¡faltaba la hoja con el final del cuento!

Miró adentro del bolso, y nada. Sacudió el libro páginas abajo, y cayeron sobre sus piernas dos o tres hojas, pero ninguna de ellas era la que estaba buscando. Recordaba que había marcado esa hoja en su punta, pero a lo mejor se había descosido de la encuadernación. ¿La habría perdido al subir al tren? ¿Sería aquello que voló a su lado y cayó a las vías? Si había sido así, ya no podría encontrarla.

Ya que no puedo leer el final, se dijo, no me vendría mal leer otra vez las primeras páginas del relato. No tengo nada que hacer, y lograré entenderlo mejor.

De manera que comenzó a releer el cuento, para comprender si Juan Dahlmann viajaba o soñaba que viajaba. Al cabo de unos minutos leyó una frase que antes no le había llamado la atención: A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos. Y él, Sergio Murúa, era una muestra de esa certeza escrita por Borges: al igual que Dahlmann, él leía un libro en el tren; al igual que Dahlmann, él viajaba a reencontrarse con los lugares y recuerdos de su niñez.

Unas campanadas lo distrajeron. ¿En aquel tiempo hubo una iglesia cerca? Levantó su mirada. Y vio poca gente caminando por el andén, y unos frondosos eucaliptos apareciendo atrás y sobre el tejado rojo de la estación Devoto. No los había visto en su último viaje. Detalles que la memoria va perdiendo, quiso creer.

Y cuando oyó que el guarda anunciaba ¡Rápido a Caseros!, el comentario de Teresa cobró peso propio. Aquel Estás gagá, che pasó a tomar categoría de verosímil, porque Murúa bien lo sabía: los guardas ya no avisaban que el tren no pararía en las estaciones intermedias. Ni eso ni nada avisaban: el paso del tiempo los había eliminado; apenas si existían controles a la salida de los andenes.

La mujer sentada frente a él —extraña mujer de vestido largo y zapatos negros y una antigua capelina, también negra, y tul cubriéndole la cara— levantó la cabeza, lo miró y le sonrió.

A Murúa le daba mala espina: esa sonrisita maliciosa y todo su aspecto bastaba para que uno creyera en las apariciones. Raro que no la hubiera visto antes. ¿Sería cierta la cuestión de los anacronismos que mencionaba Borges?

Y cuando vio que él y esa mujer eran los únicos pasajeros, se asombró aún más.

La lectura me distrajo, se dijo, y no noté cuando los otros bajaron.

Volvió a la lectura del libro que mantenía en sus rodillas. Figuras borrosas se desplazaban rápido del otro lado de la ventanilla, pero en dirección contraria.

Se quedaba pensativo, absorto frente a ciertos párrafos del cuento. A algunos no los comprendía del todo: el color punzó, pongamos por caso… ¿estaría relacionado con Rosas? Podía ser, por lo de color violento. Otros párrafos le daban la impresión de haber sido escritos para él: también Dahlmann se había cruzado con una mujer, también Dahlmann se había pasado la mano por la frente.

Supo que faltaban siete paradas cuando oyó que el guarda avisaba ¡Hasta José C. Paz parando en todas las estaciones!.

Y se ahogó. Se ahogó en una extraña metamorfosis que lo obligó a agarrarse la garganta. No se había convertido en un monstruoso insecto, pero se sentía enredado en un sueño intranquilo. ¿El sueño de Dahlmann o un sueño propio? ¿El avance de una profunda senilidad, tal como le venía presagiando Teresa? O peor aún: el mal de Alzheimer al galope, la demencia senil. Porque… oír al guarda una vez, bueno. Pero… ¡esa segunda lo preocupó!

¿Qué me pasa? ¿Estoy perdiendo lucidez?

Sacudió la cabeza: la mujer de negro había desaparecido, no la había visto levantarse… y mucho menos bajarse del tren. Miró adelante y atrás. Y los

asientos vacíos le aseguraron que en ese vagón viajaba solo.

Estación tras estación, el paisaje urbano devenía rural. Kilómetro tras kilómetro, los eucaliptos disminuían de tamaño. Murúa se masajeó las sienes: ¿el dolor de cabeza —el Alzheimer, claro está— convertía a su memoria en presente?

Una fragancia a malta fermentada lo obligó a levantar la cabeza, a mirar a través del vidrio. Y otra vez Dahlmann.

Y todas las cosas volvían a Murúa: el destilado aroma de la Hiram Walker, las aguas limpias del Reconquista, las casas cúbicas de ladrillos de barro cocido con su gallinero en el fondo, los eucaliptos recién plantados, los legendarios paraísos con sus racimos de frutos amarillos, un jinete arreando la hacienda, la estación de José C. Paz: apenas un tinglado en medio de la llanura pampeana.

Confundido, se colgó al hombro el bolso, se sacó la boina, le fue tensando el borde con los dedos, y se la calzó mejor. Bajó del tren. Y el panorama que se estiraba frente a sus ojos lo impresionó: la desolada ruta 197 de *su* Josepás.

Ya no sospechaba que viajaba al pasado. Lo sabía.

Cruzó la ruta, acarició los ladrillos del almacén de don Semín.

Y se sintió tan niño como cuando era un niño, una mezcla de azoramiento y felicidad.

Siguió caminando por el sendero de carbonilla y oyó el crujido de los guijarros negros desgarrándose bajo sus alpargatas. Unos metros adelante vio la casa blanca de Capurro: las abejas remontaban vuelo desde el cerco de ligustrina, la fragancia dulce de sus flores lo rozó, y el jardinero le obsequió una rosa para su mamá. Más allá, la fábrica de dulces con sus dos

chimeneas, el obrador ferroviario, el gran descampado con la laguna en el medio, el perfume anisado de los hinojos.

Y, por fin —Murúa flotaba fuera del tiempo, en el infinito—, Josepás: los ciruelos rodeados de colmenas blancas con los pesados frenos sobre sus techos rojos —frenos de hierro que él recolectaba de las vías cuando se caían de los trenes—, los dos castaños y los tres perales, el generoso tanque australiano, las magnolias y lavandas, las legumbres y hortalizas de la quinta de tío Osvaldo, el galponcito de chapas para guardar las herramientas, el arrullo de las torcazas, las calles de tierra y los gorriones bañándose en el polvo.

Y dando vuelta a la esquina —después de bordear el cerco de ligustro que podaba tío Mario y la zanja con infinidad de huevos de ranas pegados a las plantas emergentes—, llegó a ver el tanque que albergaba los dos mil litros de agua para la casa, y el molino que lo llenaba.

Y cruzando, la pulpería.

Caminaba la media cuadra que lo separaba de ella, y lo desoló la vergüenza del día en que vio a aquel hombre matar a otro. Ahí, en esa misma pulpería. El espíritu de aquel hombre muerto lo había herido. Una herida que cicatrizó, pero que seguía raspando. A nadie se lo había contado. Nadie lo sabía. Pero él sí. Murúa no se lo podía borrar: acaso si hubiese intentado algo… Sí: *debía* haber hecho algo…

…y no lo hizo.

Es que él en aquel tiempo era un chico.

Pero la excusa fracasaba: chico y todo, podría haber avisado. El miedo lo paralizó y un hombre había muerto por su culpa. Aquella frase de Facundo Cabral lo persiguió para siempre: El tiempo arruga la piel, el miedo arruga el alma.

Murúa se sentía una estatua de arcilla erigida en la puerta de esa pulpería. Odiaba confesarse a sí mismo que había sido débil y cobarde.

Respiró hondo. Y entró, nomás.

La eternidad de ese instante lo conmovió. Creyó reconocer al hombre sentado al mostrador, de espaldas, al lado de una lámpara de kerosén: el Ambrosio, le decían.

En una mesa jugaban al truco. A uno lo reconoció. ¿Cómo se llamaba ese de pelo y bigotes colorados? Ah, sí… Eugenio el Colorao, le decían. A los otros los había visto solamente una vez.

Aquella vez.

Parado atrás del mostrador, el patrón lo miró perplejo.

—Qué hacés vos por acá, marmota.

—Hola, patrón —dijo Murúa desde la puerta. Y le llamó la atención su propia voz de niño.

—Ya te dije, pendejo, que este no es lugar para vos.

—Le juro, patrón —Murúa se besó los dedos en cruz—. La última vez, y no vengo más.

Murúa miró al Colorao, y le mandó un guiño. La cara del Colorao reflejó sorpresa.

El Ambrosio tomaba ginebra. Como aquella vez.

Y también usaba aquel sombrero negro. Como gaucho bien armado, llevaba chiripá de colores vivos por la guarda de flores, chaleco, pañuelo en la cabeza como vincha confundida con el pelo largo, rebenque corto, bota blanca con los dedos afuera, espuela grande, el poncho bien doblado sobre el brazo. Y un puñal con cabo de guampa y virolas. Un gaucho sin caballo, mate, boleadoras, lazo o poncho, vaya y pase. Pero es imposible imaginarlo sin su cuchillo.

Murúa sabía que el Ambrosio era un traidor. Un mequetrefe de esos que matan por la espalda. Sabía que el infeliz se levantaría y le hundiría el puñal al Colorao Eugenio: por la espalda y aunque el otro estuviese sentado, se lo enterraría hasta el Arbolito.

Desde aquella vez lo sabía él.

Pero, si ese hombre se embarraba de traición, el pendejo Murúa se había embarrado de cobardía.

Y ahora le llegaba el momento de cumplir, de saldar, de hacer lo que no había hecho. Se enfrentaba a la posibilidad de redimirse ante sí mismo. Y no vacilaría.

Murúa se le acerca al pelirrojo, bien de frente. Apoya una mano en las cartas esparcidas sobre la mesa con olor a vino. Un poroto cae. Él se inclina y le dice en el oído al Colorao:

—Corrasé, hombre, que van a matarlo.

Y el Colorao esta vez se corrió. Y el ataque del Ambrosio, que había largado el puntazo a la espalda del hombre sentado, entró por el ojo de Murúa.

En sus últimos instantes, él recordó aquella certeza de Borges sobre los gustos de la realidad por la simetría y los leves anacronismos. Pero sonrió con el recuerdo de lord Jim: una voluntad que gobierna los designios de los hombres había actuado.

Y, en pocos minutos, el niño murió desangrado en el piso de barro de la pulpería.

Teresa aguardaba la llegada de Murúa. Sentada en una silla, al lado de la mesa tendida, miraba el noticiero de la noche.

El cronista pedía disculpas por haberse referido, en la mañana, a una pulpería. Que se trataba de un simple almacén de pueblo, aseguraba. Y que llamaban la atención dos cosas: que el pibe de siete años muerto usara una boina y que guardara en su bolso un desvencijado ejemplar de *Ficciones*. Pero un hecho inesperado dejó perplejos a los médicos, dijo el periodista: que, después de darlo por muerto, el pibe apareciera caminando por los pasillos del hospital.

¿Con qué monstruos se encuentra el hombre —diría Conrad— cuando llega al corazón de sus propias tinieblas?

Con una presencia ajena a las fuerzas humanas. Con un arbitrio hermético, indescifrable.

Sonó el timbre.

Teresa se levantó, caminó hasta la puerta y abrió.

—¡Viejo! —dijo—. Es tarde: ¿qué te pasó? ¿Por qué tenés ese parche en el ojo?

—Vení, Teresa —dijo Murúa—. Por fin podré contártelo todo.

Eduardo Poggi (Buenos Aires, 1945) integra el círculo de escritores de horror y fantasía La abadía de Carfax. Escribe sobre plástica y literatura en el periódico cultural FINy en la Revista Axolotl. Los cibersitios Axxón, BNTB, El aleph, NM, QI, Revista Axolotl, Literarea y el suplemento cultura del diario Perfil han publicado algunos de sus cuentos y cuadros. Alterna su pasión por las letras con la pintura y la composición musical. Su novela inédita *Razones de un homicidio* fue publicada por capítulos en su blog Letras, colores y sonidos. El libro de cuentos Terminar con todo aún permanece inédito.

Hemos publicado en Axxón AL ACECHO y EL VIEJO DE LA PUERTA.

Encallado

Néstor Toledo

ARGENTINA

Ilustración: Guillermo Vidal

Sobre la playa pedregosa y gris se arraciman los leucóceros. Verlos arrastrarse sobre los guijarros me produce una sensación extraña, una nauseosa risotada sube a mi garganta. Parecen tan estúpidos y torpes, tan indolentes: sin ojos, sin sonido. Nada en este planeta produce sonido, nada tiene ojos para mirar. Kilómetros y kilómetros de playas rocosas azotadas por las olas, y yo soy el único ser viviente provisto de ojos. El mar parece de hierro.

Los leucóceros perciben mi desesperada carcajada, y algunos vuelven hacia mí sus pálidos mascarones ciegos. Son aterradores, parecieran nacidos del acoplamiento infame de una foca y un armadillo y un camarón. Tienen algo de bicho bolita y algo de beluga. Por sus cabezas corren surcos sembrados de cortas vibrisas doradas que reflejan la luz sombría del sol. Con esos surcos pilosos me observan, lo sé, en radar. Pero no me importa: para mí es como si fueran ciegos. Paquetes inmundos de carne, apenas sujeta por el manto del exoesqueleto.

Más allá se desploman en el océano, desde una increíble altura, los glaciares. Vienen estriados de rojo, como si las altas cordilleras sangraran. Cuando los bloques de hielo caen flotan empujados por las olas, mar adentro. El hielo se disuelve y los diminutos tallos rojos se expanden con el agua, como venas varicosas. Al cabo revientan, y las sagradas esporas se

dispersan en las corrientes. Muchos años les toma germinar en el océano, generar un árbol-anémona. Yo los he visto desde el aire. Son inmensos, cientos de metros de ramas y hojas apenas por debajo de la superficie de las olas. El tronco tentaculado se hunde en la penumbra, atareado en lentas pulsaciones.

Camino por la playa, pateando cascajos, indolente. Aquí y allá bloques ovoides de obsidiana reflejan desmayadamente la luz del día que comienza. La marea trae hasta mis pies despojos coriáceos de seres alguna vez vivos. Se enredan en mis borceguíes. Los leucóceros se apelotonan unos sobre otros, se empujan, se apartan con golpes cortos de sus aletas. Esa lucha, ese conflicto mudo, opaco, me llena de un sombrío malestar visceral. Es como un disgusto gelatinoso.

Una vez, hace mucho tiempo, cuando Hubari y yo llegamos a esta estación, hubo un accidente. Un vehículo de transporte naufragó en el océano, engullido por la tormenta. La marea arrojó los despojos a la playa sombría algunas horas más tarde. Había varios cuerpos, personas ahogadas, grises y azules, horribles. Cuando llegamos, los leucóceros habían comenzado a roer algunos de los cadáveres, lentamente, raspando la carne azulenca con sus apéndices masticatorios. Tuvimos que alejarlos a pedradas para poder recuperar lo que quedaba de los cuerpos. Fue una tarea desesperante, forcejear con esas bestias por un pedazo de carne humana.

Hubari me llama por el comunicador. Vuelvo a la estación. Hubari es un imbécil. Sus ojos de un amarillo enfermizo me sondean como si trajera la peste. Gruñe una queja acerca de ahorrar energía. Lo conozco muy bien. Pretende que me despierte, me asee y me vista en la penumbra encarnada de la luz de estado. Le hice caso durante nuestras primeras semanas aquí, hace ya tanto tiempo. La luz rojiza me enfermaba, me embotaba la mente. Desnudo en la ducha, era como bañarme en sangre. Después comencé a encender otras luces, más benignas. Hubari protesta por el gasto de energía. A mí no me importa, que el Comité se enfurezca todo lo que quiera. Que me castiguen como les dé la gana. Ninguna otra estación puede ser tan inmunda como ésta.

Sé que tampoco le gustan mis paseos matinales por la playa, entre la resaca y los leucóceros. Él es feliz en la estación, entre el plastiacero en penumbras, atiborrando sus ojos con datos y cifras, vanamente. No hay manera de entender este planeta que no sea mediante la superstición. Yo soy feliz afuera, doblado por la ventisca, entre los peñascos y la nieve. Prefiero los fofos e indolentes leucóceros que el rostro agudo de Hubari y sus interminables quejas y autojustificaciones. Me escapo, y Hubari se hunde en un pozo de negra rabia. La IA escucha, infinitamente, sus quejas.

Hacer esto me encanta: tomar el aerodeslizador y salir a vagar por sobre los glaciares y la costa erizada de rocas. Sentir el zumbido poderoso de las turbinas de gas a mi alrededor. El viento cortante y salino en la cara, a pesar del termotraje. Cada tanto me detengo y me quito solamente la parte de arriba de la máscara. El viento es tan fuerte y tan helado que los ojos se me llenan de lágrimas y las pestañas se me cubren de escarcha.

Voy mapeando la costa, de a poco. Mapeo los glaciares, en infrarrojo y en ultravioleta, y grabo comentarios e impresiones. Después, Hubari y yo los analizamos juntos. Es el único momento en que nos llevamos bien. Podemos hasta reír y darnos suaves codazos. Hasta que no puede resistir la tentación de quejarse, de hacer un reproche, echarme algo en cara. Salgo mucho, pierdo tiempo vagando, recolectando datos innecesarios. No le contesto. Hubari sabe bien cómo son las cosas: no sale porque es un cobarde. En mis salidas he recuperado veinticuatro artefactos de la Federación, desde sondas atmosféricas averiadas hasta droides de carga extraviados. Hubari no ha recuperado ninguno.

Ante el morro cubierto de raspones y manchas del deslizador se despliegan las brumas de la tormenta. Aquí y allá veo cimas de increíble blancura, cebadas de nieve. Debajo de mí los glaciares se derraman hacia el océano. Las venas púrpura hacen dibujos ramificados, son como relámpagos de sangre inmovilizados por el hielo. Sigo a lo largo de la costa: busco algo y no sé qué. Muchas veces me sucede esto. A veces tengo una pequeña recompensa. Una vez encontré dos leucóceros apareándose sobre una lóbrega piedra que emergía del agua, como un tálamo negro para dos

enormes embriones quitinosos. De sus vientres acerados salían unas estructuras blandas y pectinadas de un color naranja brillante. Eran como dos manos que se acariciaran mutuamente, como dos flores que se besaran con pétalos como tentáculos, como devorándose mutua pero cariñosamente. Estuvieron un rato largo así, y luego replegaron sus genitales y permanecieron inmóviles todavía un instante, antes de arrojarse juntos al mar.

Cada tanto el planeta me regala esos pequeños portentos, como guiñándome un ojo. Pareciera que adivinara mi desazón, mi malestar. Como si se diera cuenta de mi soledad y de mi angustia y me ofreciera un momento de hechizo y maravilla como paliativo. Como cuando al sol se le ocurrió sufrir un espasmo coronal, desencadenando tormentas aurorales de todos colores. Hubari protestó por la interrupción en las comunicaciones, pero yo salí a la playa y me sentí feliz como un niño.

Bajo la vista hacia la playa renegrida, atestada de leucóceros. En el horizonte, sobre el océano, nubes de un sombrío color cobalto se saludan con refucilos. Entonces noto algo inusual. En un segmento de la playa, delante de mí, los leucóceros huyen. Eso no es demasiado notable. Muchas veces los he visto huir, corcoveando, de mí y del aerodeslizador. Ahora huyen *hacia* la playa. Aminoro la velocidad y me poso cerca de los peñascos. Las criaturas no me hacen el más mínimo caso. Huyen del mar, se dirigen apresuradamente tierra adentro, temblando espasmódicamente por el esfuerzo. Van despejando un enorme semicírculo de playa delante de las olas. Los leucóceros más distantes también están inquietos, alzan sus cabezas hacia el mar encabritado y se alejan con más lentitud. Todo es muy extraño. Toda esa inquietud, ese temor expectante, en el más absoluto silencio. Uno estaría seguro de escuchar una algarabía de lastimeros chillidos, pero sólo se oye el raspar blando de las aletas y los vientres sobre la gruesa arena, el viento que muge, el tronar de la rompiente.

Me apeo del aerodeslizador. Camino por la playa entre los leucóceros que huyen del agua. Me detengo al borde del semicírculo, un temor mítico/temor pagano me impide hollar ese suelo prohibido. En vano

observo todo a mi alrededor, no descubro el motivo del temor de las blandas bestias. Mi vista se detiene sobre ese mar, fuente de todo horror y toda maravilla. Entre las olas que avanzan para reventar y morir en espuma hay una que es diferente. Ancha y combada, distante, simétrica. Viene de frente, sin vacilar, siniestra. Los leucóceros están cada vez más agitados, y yo también. La negra ola se hiende en su dorso conforme se aproxima, dando a luz el lomo de algo enorme y sombrío. Una bestia titánica, un leviatán, que nada hacia la playa a una velocidad de vértigo. Jamás he visto nada tan grande en este planeta. Mi mente azorada conjetura que este monstruo va a salir del mar delante de mí, arrojándose sobre la arena. Confusamente, trastabillando, echo a correr tierra adentro junto con los leucóceros.

Con un estallido cataclísmico de espuma el engendro alcanza la playa. Su vasta inmensidad horada la arena abriendo un profundo surco por el que avanzan las olas. Los leucóceros se retuercen en un éxtasis de pavor y yo caigo sentado sobre los guijarros, jadeando de asombro. Al cabo se detiene, pero no queda inmóvil. Es gigantesco, de un color rojo tan oscuro que resulta negro. Intuyo que apenas un tercio de su cuerpo asoma del agua. Se agita levemente, con pequeñas sacudidas, como en una larga y brumosa agonía. Tiene una cabeza muy pequeña al final de un cuello largo y grueso o una cabeza enorme casi sin cuello. No lo sé. Su piel es un mosaico de arrugas, parásitos enquistados y viejas cicatrices, un mosaico superpuesto al otro formado por los bordes de las placas tegumentarias.

Me pongo de pie con cuidado, manteniendo una prudente distancia. Camino lentamente, arriba y abajo por la playa, examinando al monstruo. Por detrás de lo que yo podría describir como un cefalotórax se prolongan a cada lado dos ciclópeas aletas negras de las que apenas se distingue el borde anterior, fuera del agua. A lo largo de las aletas se abren hendiduras branquiales por las que asoman cerdas o tentáculos de un rojo pálido. Son como enormes bocas negras con lenguas desflecadas. Deben seguir todo a lo largo del cuerpo, y la mayoría han quedado bajo el mar: la bestia tardará en morir, tal vez incluso días enteros.

Hubari me llama por el comunicador y me maldice por la tardanza. A punto estoy de insultarlo, pero el reloj del termotraje me demuestra que tiene razón. Mientras vuelo de regreso casi voy cantando de júbilo. El planeta me ha guiñado el ojo otra vez, me hace partícipe selecto de sus portentos y sus horrores.

Hubari me escucha en silencio. No puedo evitarlo, y en la voz y en los ademanes se me hace evidente el entusiasmo. Eso fastidia a Hubari. Si hubiera demostrado una opaca indiferencia, todo habría ido mejor. Pero mi regocijo surte el efecto opuesto, lo sé. Al final accede a acompañarme, ya rayando el atardecer, con la promesa de volver inmediatamente a la estación. Es la primera vez en dos años que Hubari se aventura en la playa.

Los leucóceros se han tranquilizado, pero ninguno se acerca a menos de doscientos metros del monstruo. Eso agrada a Hubari. Nos apeamos del aerodeslizador entre los peñascos ribeteados de nieve y caminamos por los guijarros hasta la bestia. Nos detenemos a una distancia más que prudente. La brutal cabeza se alza por encima nuestro como la proa de una nave, aunque está enterrada a medias en el surco que tan profundamente aró al encallar. Aún palpitan sus agallas.

El silencio de Hubari me incomoda. Al final, masculla:

—Interesante.

Me dan ganas de zamarrearlo hasta matarlo. ¿Interesante? Es lo más extraordinario que ha sucedido jamás en nuestros hastiados dominios.

—Debe ser un primo lejano de los leucóceros —dictamina.

Tiene razón, es justo reconocerlo. Las similitudes son evidentes para su ojo experto.

—¿Por qué habrá encallado? —inmediatamente me arrepiento de la estupidez de mi pregunta.

—Vaya uno a saber —murmura Hubari.

Su voz suena ausente. Camina acercándose al monstruo con cuidado, y su voz se apaga. Sé que está entrando en su cuerpo la fascinación de lo mítico. Observo sus pies. Sin saber por qué, se detiene al borde del círculo sagrado.

En la penumbra creciente de la noche victoriosa me sonrío. El miedo ha entrado en él.

Por encima del hombro me observa.

—Está vivo aún.

—Lo sé.

—Tiene un número tatuado.

—¿Qué?

—No, dos números. Ven a ver.

Es cierto. A cada lado de la frente gibosa y feral, entre la maraña de arrugas y cicatrices, hay dos que son más profundas. Un 0 en la sien derecha y un 4 en la izquierda. Sus bordes son demasiado nítidos y precisos para ser producto de la superposición de arrugas y escoriaciones. Han sido tallados como sobre madera.

—Voy a tomar una holofoto.

Alza la cámara delante de sí, y otra vez vuelvo a notar que no rompe el círculo. Sería mucho más cómodo para él acercarse un poco más en vez de sostener la pesada cámara con los brazos extendidos y renegar con el macroenfoque, pero no lo hace. Eso me divierte. Entonces sucede. Hubari me mira un instante con ojos turbios, da un paso al frente y holla el suelo inmaculado. Se acerca todo lo que su temor a las cosas vivientes se lo permite. Levanta de nuevo la cámara ante sí. Un zumbido seco y breve. Hubari toma dos holofotos más, en distinto ángulo. Algo se agita en mi cerebro, algo me impele a mirar en derredor. Los distantes leucóceros nos observan. Todos. Inmóviles, miles de céfalos pálidos enfocados hacia nosotros. Una vez, siendo niño, dije una grosería en el Instituto de Niñez. Todos se callaron y se dieron vuelta para mirarme. La sensación es idéntica: hemos escupido en un templo. Hubari no percibe nada. Es un imbécil.

Volvemos a la estación.

Hubari está intrigado. Conecta la cámara al holotablero. Un segmento cuadrangular de la piel de la bestia cobra un atroz realismo, flotando en la

penumbra ante nuestros ojos. Hacemos algunos análisis. Los bordes de los tatuajes son demasiados precisos, demasiados nítidos. No hay nada que hacer: debemos volver por la mañana y examinar mejor a la bestia, propongo. Podemos montar el colimador en el aerodeslizador para aumentar la potencia del sonar magnético y hacer un paneo del monstruo. Hubari está de acuerdo.

En mi sueño estoy de pie en la playa ante el morro de la bestia. Es de noche, no hay nubes, y una catarata de estrellas se derrama sobre nosotros. Yo y la bestia. Su frente se alza ante mí, sobre mí, como la proa de un inmenso navío negro. Late. Siento su pulsar, es como una marea que avanza y retrocede. En mi sueño sé que está menguando ese latir, y saberlo me llena de horror y de congoja.

Durante el desayuno la IA nos notifica que las antenas más cercanas a la playa han detectado una transmisión. Toda la noche una señal de radio ha estado pulsando. Hubari pide a la IA que triangule y localice la fuente. En el holotablero proyecta un mapa de un sector de playa ubicado treinta kilómetros al sur. No existe posibilidad de duda: la fuente es el monstruo marino. Solicitamos analizar la señal. La IA proyecta la onda. Es un ciclo que se repite y que dura tres segundos. Es como un latido o una baliza. La señal es bastante más compleja de lo que parece en primera instancia. Tiene más de diez canales superpuestos. No hay un solo canal que tenga ruido blanco o rosa, lo cual es sumamente extraño.

—No puedo imaginar cómo puede depurarse una señal de diez canales hasta quitarle el ruido blanco por completo —masculla Hubari.

Nos miramos con el ceño fruncido. No conocemos tecnología que pueda hacer eso sin cargas de procesamiento de miles de sinobites por segundo. Y no hablemos ya de seres vivos.

Montar el colimador sobre el plexo del sonar del aerodeslizador es un engorro. Usamos fajas de piroespuma y después, autograpas.

Volamos hasta la playa. Los leucóceros nos observan en una inmovilidad casi total. Parece que hubieran abandonado todos sus quehaceres cotidianos para poder estar pendientes de cada uno de nuestros movimientos. Eso

pone fastidioso a Hubari. La playa no le gusta. Teme a los leucóceros como a espectros de la tormenta.

El leviatán tiene una leve costra de escarcha que el viento corroe y descascara, como piel vieja. Sigue vivo, respirando pesadamente con sus centenares de agallas batidas por el oleaje.

Encendemos el sonar y barremos al monstruo. Capa por capa, modulando la potencia de la fuente a medida que el registro se asienta y son ecualizadas las interferencias. La burda IA del aerodeslizador no permite visualizar los datos, así que no nos queda otra opción que esperar pacientemente el final del barrido para regresar a la estación.

Al volver, siento una extraña opresión. La testa de la bestia, ligeramente inclinada, parece como si mirara hacia nosotros.

La imagen que se forma sobre el holotablero es tan compleja y abigarrada que la IA nos propone mostrar cada canal de frecuencia modulada por separado, para que podamos entender algo. Hubari accede a cambio de ciertos pequeños ajustes. Yo no entiendo nada de lo que dice.

Primero aparece una imagen tridimensional del monstruo. Mide aproximadamente un metro de largo y es de color gris opaco. La mitad posterior está sumergida en una agitada niebla: interferencia provocada por las olas. Hubari intercambia frases cortas con la IA y la interferencia desaparece. Luego el segundo canal de frecuencia. Extrañas estructuras de color azul suave se perfilan en el interior del monstruo. Hubari y yo discutimos el emplazamiento de los bolsillos branquiales y de los surcos masticatorios. En la base del cefalotórax hay dos corazones pulsátiles con grandes aortas ramificadas. Las gónadas no están desarrolladas. Ahora el tercer canal. En un rojo encarnado aparecen gráciles piezas curvas dentro del leviatán. Están por todo el cuerpo, delgadas como alas. Parecen rodear un espacio ovoide en la testa de la bestia. Asombrado por la forma y arreglo de estas estructuras, no presto atención a los valores de reflectancia que flotan al lado. Hubari sí lo hace, y su mano me toma del codo. Me fijo, y no lo creo: son valores propios de un polímero sintético.

El siguiente canal grafica en naranja brillante una pequeña armazón de forma ovalada. Está en el centro cabal de las piezas de polímero. Los valores de reflectancia indican polímero sembrado de titanio, oro y fosfato de estroncio. Hubari discute un instante con la IA, pero los valores muestreados no cambian. Se debe creer en la evidencia, o reventar.

Cuando se dibujan líneas y semicírculos de blancuzco y brillante amarillo Hubari salta hacia atrás como si la imagen lo hubiera mordido. Su voz es inusualmente baja cuando increpa a la IA. Pero no hay error posible. Son lecturas nítidas de ferromembraninas sintéticas. Núcleos y toroplastidios de nanodroides. Centenares de miles de nanodroides. Estacionados en espacios tisulares muy bien definidos, prolijamente, a la espera. Si tuviéramos una antena lo suficientemente fina, podríamos ver su aureola cuántica.

Con voz ronca, Hubari pide ecualizar los límites de banda como en el principio, pero yendo por el ancho de banda de forma progresiva. La imagen pasa del gris al azul y del azul al rojo y del rojo al naranja para terminar en un amarillo refulgente y solar. No hay solución de continuidad entre estructuras orgánicas y sintéticas. No hay combinación que se nos ocurra donde el tejido vivo, el polímero metálico y los nanodroides no se imbriquen y se fundan unos con otros en múltiples configuraciones alrededor de ese núcleo oval.

Hablamos al mismo tiempo, interrumpiéndonos mutuamente y haciendo muecas y ademanes estúpidos. Creo que decimos lo mismo, pero el asombro y el miedo nos avasallan de tal modo que parecemos niños que descubren un cadáver.

Voy a la cocina y traigo vasos y café. Hubari estudia en silencio la imagen. El espacio oval está lleno de estructuras y formas de todo tipo, mezcla de tejido vivo y piezas sintéticas. Lo discutimos durante un rato largo. Hubari cree que no es un órgano natural del monstruo, sino un injerto de otro organismo.

Esa noche elucubramos docenas de hipótesis. La presencia de los números indica factura humana, pero no existe aún la tecnología necesaria para

lograr lo que agoniza encallado en la playa. Ni siquiera en los próximos cien años. Lo que más preocupa a Hubari son los nanodroides. Los dos sabemos que no es posible administrar una población de más de cuatro mil novecientos noventa y ocho nanodroides a un tiempo sin que la dinámica se vuelva caótica. El leviatán aloja una cantidad estimada de más de dos millones.

Hubari está asustado. Murmurando, sugiere que el monstruo parece venir del futuro, y yo me río de él mientras se me pone la piel de gallina.

En mi sueño estoy de pie en la playa, ante la testa del monstruo, bajo el manto de la noche. El latido de su alma viscosa es como un sismo que sacude mis sienes. Decrece. Mengua a cada instante. Detrás de ese pulsar hay otro, imbricado con el primero, más delicado y más veloz. Fuerza mi mente hacia el interior del monstruo. Me urge, me apremia sin palabras. Es como si tironeara de mi cerebro mediante tendones invisibles. Siento terror, y una pena abrumadora, porque comprendo que cuando el latir del monstruo se detenga, el otro latir también lo hará, hundiéndose en la tiniebla. No puedo, no debo permitir que esa alma pulsante y maravillosa se desvanezca. Mi deber es salvarla.

Hubari me observa con ojos desorbitados cuando lo despierto. Me escucha un instante con el ceño fruncido antes de llamarme demente y pedirme que lo deje seguir durmiendo. Salgo de su celda y me dirijo al baño, aún confuso y estremecido por el sueño. Bajo la luz roja, el sudor de mi frente es como sangre, y la sangre de mi nariz es negra.

Jamás he volado de noche: los leucóceros se han refugiado en el mar del frío nocturno y los glaciares brillan con fulgor fantasmal, al igual que la espuma de la rompiente.

Dudo un instante antes de trepar al dorso de la bestia. Sólo es un instante. Arrastrando el morral con herramientas me aferro a las arrugas y subo. Enciendo los reflectores de la máscara del termotraje y busco, mientras me desplazo por la cúspide de la testa, la hendidura que vimos a la tarde con Hubari. Aquí está. Es como una boca cerrada, como un opérculo. Pero es también una puerta híbrida, una enorme y paquidérmica vulva de carne y

polímero. Trabajo sobre los labios cerrados firmemente y sellados con el residuo costroso de años y años de océano. Al final, se abren ante la insistencia de mi escariador neumático devenido en fórceps improvisado. Debajo hay otra poterna similar, más suave y fibrosa, sobre la que me abalanzo decidido. Hay un rebullir y un temblor cuando separo los labios, y después aparto membranas argénteas con mis propias manos. Fluidos espesos veteados de sangre se derraman.

La luz lechosa del amanecer me encuentra acuclillado dentro de este cérvix biomecánico. Cubierto de sangre y moco, sigo escarbando, abriéndome paso hasta ese latido que zumba en mi cráneo y que me impulsa hacia adelante.

Al cabo dejo al descubierto un objeto cubierto de membranas superpuestas. Es una gran crisálida, un capullo tierno. El latido me rodea y me envuelve, me apremia, lleno de cariño. Un forcejeo más, y extraigo la crisálida de su trono de metal y de carne estremecida. Agotado, abrazando este enorme capullo tibio, me arrastro fuera del cuerpo del monstruo.

Entiendo el temor y la reacción de Hubari. Se ha despertado en la noche, sobresaltado, y me ha echado en falta, junto con el vehículo. Me observa volver con la luz del día, macilento y sucio, trayendo un bulto sanguinolento cubierto con una loneta. Es comprensible que Hubari se ponga el termotraje y la máscara biosellada y lleve el rifle de riel. En silencio, me apunta cuidadosamente desde la entrada.

Levanto las manos hacia él mientras me apeo lentamente.

—Déjame llevarla hasta la enfermería —suplico.

No hace nada ni dice nada, sólo me apunta.

—Por favor. Confía en mí.

Desvía la boca del rifle hacia la crisálida.

—¿Qué has hecho? —dice, con voz estrangulada.

—Por favor. Déjame llevarla a la enfermería. Hasta el tomógrafo.

Hubari duda, vacila infinitamente mientras mantiene el arma en alto. Por fin baja la boca de fuego y se cuelga el rifle del hombro.

Entre los dos llevamos la crisálida hasta la enfermería. Mide como dos metros de largo y pesa sus buenos sesenta kilogramos. Hubari me ayuda sin protestar a meterla en el tomógrafo, pero en ningún momento se quita la máscara ni abandona el rifle de riel.

Encendemos el tomógrafo. Los ocho minutos que tarda el sistema en iniciarse y en realizar el escaneo se trocan en horas en mi corazón precipitado.

Al fin aparece una imagen. Flota en el aire, tridimensional y multicolor, llena de estructuras y perfiles orgánicos. No hay duda alguna de que esa figura envuelta en membranas es un ser humano. Un ser humano vivo, sepultado en este capullo que es ataúd y útero a un tiempo.

Hubari me ayuda a limpiarme y me sugiere que me deje puesta la máscara. Ante mi negativa, estalla. Sus gritos acusándome de irresponsable y demente me golpean el pecho como un martillazo. Cuando me acusa de ser el causante de la contaminación de casi toda la estación me enfurezco, a pesar de que sé que tiene toda la razón. Lo empujo contra la pared y le grito en la cara, tan cerca que mi aliento empaña su máscara, que si logramos salvar la vida al ser humano que duerme en la crisálida será gracias a mi iniciativa y no a sus sempiternas dudas y temores. Hubari me aparta y me arrastra hasta la enfermería de nuevo. Con un dedo trémulo señala la imagen llena de colores y formas que se agitan.

—¿Sabes lo que es eso? —ruge.

Lo sé y no digo nada, tanta es mi rabia.

—Son nanodroides, estúpido. Miles de nanodroides. Por todos lados. En el torrente sanguíneo, en el cerebro y la médula espinal, en los músculos y en los ojos. ¿Sabes acaso qué mierda es esta cosa? Yo no lo sé. Parece un ser humano, pero yo no estoy seguro.

—Yo sí estoy seguro. Un ser humano vivo sepultado en un monstruo marino agonizando. ¿Cómo podríamos no ir en su ayuda?

Se marcha sacudiendo la cabeza y musitando estúpido e insensato. Me quedo en la enfermería, solo con la crisálida y su contenido.

Hubari vuelve más tarde. Se ha puesto un termotraje limpio y parece más calmado, aunque el miedo en su sangre puede olerse. Durante varias horas hacemos análisis y tomamos muestras. Hubari se pronuncia finalmente. El ser humano dentro del capullo es una hembra y no parece correr riesgos inmediatos. Es importante disimular: yo lo sé desde mucho antes, porque el latido se ha sosegado y envuelve mi conciencia con una tibia marea de gratitud y amor. Hubari continúa. Las variables organométricas son consistentes y estables, aunque algunas parecen estar un tanto fuera de escala. En particular, es extraña la escasez de elementos pertenecientes al sistema inmune y la presencia de estructuras orgánicas nuevas en el hipotálamo y en el bulbo raquídeo. Pero lo más inquietante es la continuidad que existe entre los tejidos y estructuras de la crisálida y el cuerpo que late dentro de ella.

La noche se ha hecho larga. Hubari se refugia en su celda y utiliza la bomba portátil para darse una ducha de peróxido por encima del traje para limpiarlo. A mí la posible contaminación no me interesa. Me voy a la sala de datos y converso con la IA. Si bien el protocolo avala mi decisión, la IA expresa su preocupación ante la eventualidad de que mi organismo sufra de una nanoinfiltración parcial.

En mi sueño estoy en la playa y el leviatán ha desaparecido. La rompiente muge y brama y vomita refulgente espuma. Una figura viene a mí desde el océano. Envuelta en un manto brillante y oscuro, sólo su rostro está al descubierto. Su belleza me abruma conforme se aproxima. Bajo la mirada, aturdido ante tanta hermosura. Se yergue sobre mí, llena de fulgor divino, y sus ojos son discos de luz iridiscente, pozos de auroras polares. Sonríe con labios finos y dientes de nácar. Su manto se abre como vastas alas plateadas, llenas de nervaduras y lenguas. Su cuerpo espléndido y alado está cubierto de glifos consagrados que brillan silenciosamente. Son símbolos vivientes que se agitan. Con sus alas de polilla me rodea mientras la luz de sus ojos me alza y me sostiene en el filo mismo de la tiniebla.

El día se derrama por encima del océano. La criatura sigue estable en su crisálida, y Hubari redacta un informe para el Comité con ayuda de la IA.

No se quita la máscara ni abandona el rifle de riel.

El leviatán ha desaparecido. Sólo queda en la arena la titánica huella de su cuerpo, como una pequeña bahía que los leucóceros continúan evitando. El cielo sobre el océano fragua una tormenta: arracima nubes sombrías y gibosas y relámpagos al rojo blanco punzan las olas distantes. El viento trae nieve.

Hubari me observa desde su máscara. Sus ojillos de ese amarillo desvaído brillan con una luz de pánico cuando me acerco a la crisálida. Quizás no sea tan imbécil como yo lo creo y afirmo, y tal vez una duda, una sospecha, anide en su cráneo de burócrata. A lo largo del día me ha hablado tres o cuatro veces de la nanoinfiltración, sugiriéndome entrar en el tomógrafo para auscultarme. Me niego a carcajadas.

La noche acomete negra como el abismo, henchida de titánicas nubes rugosas. Vomita nevisca y olas rugientes. Todo se ha vuelto extraño. Hubari monta guardia en la sala de control, con el rifle de riel a su lado. Me observa y no habla. Yo intuyo lo que trama mientras espera la respuesta a su informe. Armo un catre en la enfermería, junto a la crisálida, y me tiendo para soñar.

En mi sueño caminamos por la playa entre fragmentos de hielo. Ella me abraza y me envuelve con sus alas, y al contacto con su piel me pongo a temblar. Ella ríe con su risa de mariposa y me mira con sus ojos llenos de aurora, terribles. Me besa con su boca de plata y amatista, y mi corazón salta y se estremece. Entonces abre sus alas larguísimas, y en su rostro hay pena y preocupación pero también hay confianza y amor. Yo soy feliz, y tengo miedo. Estoy mortalmente asustado.

Me mojo la cara, y el agua bajo la luz roja es como una hemorragia que se derrama por mi rostro.

Cuando entro en la sala, Hubari me espera de pie. La IA está proyectando gráficos a su alrededor, gráficos que no entiendo y no tengo tiempo de entender. Aún no ha amanecido y las olas de tormenta castigan la playa sin tregua, como azotes negros y espumosos. A través de su máscara veo el

pavor y veo también la satisfacción, la venganza. Hubari alza un dedo acusador:

—Estás lleno de nanodroides. Lleno.

Sólo entonces reparo en los aparatos desparramados por la sala. Reconozco la antena desmontada del sonar magnético. Hubari me ha examinado mientras duermo.

Una rabia fulminante me sube por la garganta. No atino a decir nada, sólo a avanzar con los puños crispados. Hubari sonríe desmayadamente.

—El Comité te quiere en cuarentena hasta que llegue su equipo. No te resistas. Te llevarán con ellos y a esa cosa también, si aún duerme.

El rifle de riel está a su lado, a un paso.

—Su actividad celular y alfaneural se ha incrementado exponencialmente desde anoche. Si despierta, le dispararé. Es lo mejor para todos.

La sangre se me sube a las sienes. Mis ojos arden. Los gráficos parpadean y ondulan. Avanzo otro paso más y los ojos de Hubari se llenan de terror.

—Maldito seas. Estás lleno de nanodroides.

Algunos de los gráficos se vuelven rojos. Suena el gemido de una alarma. Hubari palidece profundamente.

—Se está despertando —dice, con voz quebrada.

Me lanzo sobre él. Lo arrojo contra el holoescritorio, pero Hubari está preparado y el miedo se le troca en fuerza. Forcejeamos y me golpea en el rostro. Lo tengo agarrado por el cuello. Entonces me atiza en la cabeza con la culata del rifle. El dolor es tan intenso que los ojos se me llenan de lágrimas. Mis manos se aflojan y caigo de bruces. Hubari no se demora. Me golpea nuevamente: una patada en el rostro y luego dos más, rápidas como relámpagos, en el abdomen. Me desplomo tosiendo y sangrando. En la periferia de mi campo visual ensombrecido, veo a Hubari tomar el rifle de riel y dirigirse hacia la enfermería.

Me levanto trabajosamente. Mi mente es un tifón agitado de ira y desesperación. Corro tras él, renqueando y tosiendo. Me apoyo en las paredes mientras mi visión se oscurece como el mar bajo la tormenta.

Cuando entro en la enfermería mis manos empuñan un objeto largo y pesado que mi ojos reconocen como el hacha que colgaba junto al extintor. La crisálida se abre con rápidas sacudidas, y una placenta estriada de sangre se derrama por la junturas hasta el suelo. Hubari alza el rifle, y me ve llegar con el rabillo del ojo. Da media vuelta para apuntarme, pero el golpe lo alcanza en el costado del cráneo. Hay un estallido de sangre y fragmentos de máscara y de carne. Su cabeza se bambolea violentamente mientras Hubari se derrumba.

El hacha se desliza de mis manos. Estoy cubierto de sangre y sin aliento, trémulo. Horrorizado, siento como la marea de nanodroides rebulle en mis heridas, construyendo carne nueva.

La crisálida se agita, se abre, se repliega y desenvuelve como enormes alas sanguinolentas que llenan la habitación de sombra, vastísimas. Con las manos se despoja de las últimas membranas viscosas que cubren su cuerpo húmedo y ensangrentado. Avanza hacia mí, sin ruido, y me estremezco como agitado por un sismo. Sus ojos son pozos de luz iridiscente, y mientras me abraza y me envuelve con sus alas, su sonrisa nacarada aleja todo temor y tiniebla.

Néstor Toledo nació en 1980 y vive en Sarandí, en la zona sur del Gran Buenos Aires. Trabaja como paleontólogo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata y es becario del CONICET. Sus conocimientos científicos y su capacidad para extrapolarlos, unidos a las cualidades literarias de sus obras, lo posicionan como una de las voces más interesantes de la ciencia ficción *hard* actual de su país.

Algunos de sus textos, incluido este mismo cuento, han sido publicados en la revista PROXIMA.

Esta es su primera aparición en Axxón.

El hombre del sigilo

Pé de J. Pauner

MÉXICO

Para Felipe Osornio (Leche de Virgen Trimegisto),
performer pánico y pornoalquimista.

Ilustración: Guillermo Vidal

*E*l profesor le dice:

—¡A ver cómo le va a hacer para sustituir el corazón que destrozó! Quiero que me traiga uno nuevo el lunes.

A su espalda, un compañero se ríe y susurra:

—¡Ya, tú, rompe corazones!

—¡Fuera de la clase, los dos! —Antes de abrir la puerta, le echan una mirada a la estantería con frascos con formol donde flotan los órganos humanos. Luego salen. Cierran la puerta del salón de clases tras ellos.

—¡Vete al Chopo, güey, ya sabes que ahí encuentras de todo! Tengo un amigo que para a la salida del Buenavista todos los días. Anda a pie, lleva una maleta negra. Yo le compro órganos a él. Pero no se pone en el tianguis, ¿va? Anda en la acera de la Biblioteca Vasconcelos.

Por la mañana, sale de la estación del Metro Buenavista. Pasa la estación del tren suburbano sin dejar de buscar entre la muchedumbre de góticos y gente apresurada. Encuentra al hombre caminando sobre la acera de la malhadada Biblioteca Vasconcelos, tal como le ha dicho su amigo.

—Sí, tengo un corazón, aunque no parezca, hijo —el hombre sonríe. Parece un hombre común y corriente que esperara la hora de entrada a la oficina. Se sienta en la acera y él hace lo mismo. Sobre las rodillas, acomoda el maletín y lo abre. Mira adentro y, de entre varios frascos atados con correas al fondo, extrae uno y lo pone delante de sus ojos.

—Este es muy viejo. Te lo dejo en quinientos…

—No sabía que costara tanto… traigo doscientos…

—Dámelos.

Tiene un sueño intranquilo. Escucha una palabra que le suena a silencio pero al mismo tiempo a algo más que no comprende. Abre los ojos. El frasco con el corazón, flotando en un formol tan claro como el agua, está donde lo dejó, en su escritorio. Parpadea. Se incorpora sobre los codos. El corazón está latiendo. Late rígidamente, como el corazón viejo del que se trata. También lentamente, y lentamente se dibuja a lo ancho de los ventrículos un símbolo, como si fuera una cicatriz. En su cabeza escucha escarificación y luego sigilo. Piensa que duerme. Que duerme y sueña. Se recuesta, cierra los ojos y vuelve a dormir.

Escribiendo en la laptop, mira de reojo el frasco. El corazón late pero ahora sus contracciones son más fuertes. Maravillado, no puede dejar de mirar.

—*Sigilum*… —El corazón late y puede escuchar los latidos. La palabra aparece en su mente pero sabe que proviene del corazón. Hay algo fascinador y horrible en esto, pero el miedo cede el paso al asombro cuando un símbolo se dibuja en el músculo, entre las arterias, en los ventrículos. Brota. Mira como si una cordillera surgiera de la tierra, como si emergiera. Es una cicatriz, una escarificación que sale de debajo del músculo. Un símbolo rugoso pero también antiguo. Y, mientras el símbolo aparece en su superficie, el corazón no cesa de latir.

Luego viene la visión. Es un embajador en un país extraño, lo sabe con la certeza que sólo se da en los sueños. Desde un ventanal, mira a la gente pasar por la calle, envuelta en ropajes orientales. De golpe, se echa atrás en la silla. En el frasco, el corazón flota como en agua. Inmóvil. Un músculo cardíaco común y corriente.

—No he podido conseguir el corazón, profesor, discúlpeme.

—Mira, ayer trajeron un cadáver. Nos va a servir por un tiempo. Olvida el corazón, pero para la próxima…

Otra noche. Otro sueño. El corazón late en el frasco. Los invitados sonríen. Las damas de honor están radiantes. Aguarda a su novia al lado del sacerdote. Abre los ojos al día, pero en la Facultad no lo abandonarán las visiones que le trae la noche. Los compañeros le preguntan la causa de su abstracción. ¿Está enamorado, tiene a alguien enfermo en casa, problemas económicos?

Busca al hombre del maletín en la acera de la biblioteca. Lo localiza más adelante, en la confusión misma del tianguis. El hombre vende otro frasco, el cliente paga y se aleja.

—¡Oiga! Quiero saber qué es lo que me vendió.

—¿Yo te vendí…? ¿Qué te vendí, güey?

—No se haga, me vendió un corazón… Quiero saber qué es, de dónde lo sacó, por qué hace… lo que hace…

—¿Qué es lo que hace? A mí no me vengas con esas, ¿va? A mí me pasan la mercancía y yo la revendo. No me salgas con que quieres que te devuelva el dinero.

El hombre echa a andar entre los puestos. Él lo sigue.

—¿Por qué hace eso? ¿Por qué provoca sueños y visiones? —le grita, dejándose oír en medio del ruido, de la gente que vende y compra, del cuero, del color negro, de los metales, de los encajes, de los tatuajes, las escarificaciones, el calor. Entre los puestos, el hombre del maletín le dice algo a otro que lleva salvajes extensiones en las orejas. Se pierde al fondo. El de las extensiones le cierra el paso. Asustado, sólo mira sobre los hombros del que le impide pasar. El del maletín ha desaparecido. Derrotado, regresa al Metro. En su casa hace una llamada telefónica.

—Tío, usted sabe interpretar sueños, necesito verlo mañana.

—Te invito a desayunar antes de que entre al consultorio. ¿Te parece en el Sanborns de Reforma?

—Sí, ahí lo veo.

Su tío está sentado al lado de la ventana. Le hace una seña con la mano.

—¿Cómo están tus papás?

—Bien. —El tío lo mira. El chico tiene la vista baja. Entonces, el hombre cambia de tema.

—¿De qué se trata, son tan graves esos sueños? ¿Pesadillas de muerte? ¿Qué son?

Se lo cuenta, poco a poco y con detalles.

—Podría decirte muchas cosas. Incluso que estás perdiendo la noción de la realidad. Que ya no distingues el mundo onírico de la vigilia. Sería fácil diagnosticar un proceso esquizoide. Pero lo que me pone a pensar que no es algo de mi competencia es la palabra que escuchas cuando ese corazón que tienes en el frasco se pone a latir: sigilo, sigilum. Aquí te apunto el teléfono de un amigo parapsicólogo, le dices que vas de parte mía, le cuentas todo. Y le repites esa palabra. Va a interesarse en tu caso, mucho. Y, ¿sabes, sobrino? Yo creo que esto es algo muy bueno. Oscuro pero bueno, si resulta ser lo que creo que es.

—¿No me puede adelantar nada? Tengo esas visiones hasta cuando voy por la calle. De repente, ya no estoy aquí. Camino por Chapultepec, bajo los árboles. Frente a mí está el Tláloc del Museo de Antropología. Pero cuando llegan las visiones estoy caminando al mismo tiempo en algún país de Arabia o en Irán o… ¡No sé yo dónde! Me encuentro en dos sitios a la vez. Tengo que sentarme en el suelo y esperar a que se terminen las imágenes. Si estoy por atravesar una calle en México tengo miedo de que me atropellen porque al mismo tiempo estoy en una plaza soleada en una ciudad con mezquitas y palomas…

—¡Tranquilo, muchacho! Llama a mi amigo. Es más… le hablo ahora y le digo que lo vas a visitar… —El tío teclea en el teléfono celular.

El parapsicólogo extrae con cuidado un libro de las polvorientas y repletas estanterías. La biblioteca permanece a media luz. Pesadas cortinas cubren

las ventanas. El sonido de la calle es apenas un rumor apagado. Hay gárgolas y estatuas. Atriles y mapas. Pinturas de dioses y de diosas.

—Así que diste con un sigilo, ¿eh? ¡Y muy poderoso! Ven aquí, a la mesa. Lee esto.

Sigilo, del latín *sigilum*, sello. Se dice del símbolo en un anillo que se imprimía sobre laca para sellar una carta. El sigilo guardaba el secreto escrito en la carta hasta que se rompía el sello. Por extensión, la palabra sigilo llegó a significar silencio. El silencio que se guarda como bajo un sello.

Técnica del sigilo: según los principios de la Magia del Caos, desarrollados a partir de los trabajos pioneros de Aleister Crowley y Austin Osman Spare, una técnica probada consiste en formular un deseo y de inmediato llevarlo al subconsciente donde será olvidado, sepultado bajo las capas de pensamiento. En seguida, el deseo será sustituido por un símbolo cuyo significado no se expresa nunca. Dicho símbolo, físico o intangible (pensado) será cargado a diario valiéndose de dos tipos poderosos de energía: la sexual o la que emana de una muchedumbre.

Forma de utilizar la energía sexual: durante el coito o durante el transcurso de una orgía, colóquese el sigilo, de ser material, en medio de la sala, o piénsese en el sigilo si este es intangible. Repítase tantas veces como sea necesario.

Forma de utilizar la energía de una muchedumbre: durante una batalla en una guerra o durante una oración masiva, llévese el sigilo a resguardo cerca de su cuerpo si es material, o piénsese si es intangible.

Técnica avanzada (sólo para iniciados en Altos Grados): el sigilo intangible es tatuado en el aura o en uno de los órganos vitales del mago. La manera de hacerlo se explica en el libro de Craspare, La piel del aura.

—Lo que tienes en tus manos, muchacho, es un sigilo de Alta Magia. Debió pertenecer a un iniciado que logró trasladar a su corazón sus propios deseos, tatuarlos en forma de sigilo. Ese es el símbolo que aparece en el corazón. De alguna manera posees el don de activar el sigilo. Tal vez por tu

propio deseo de tener un corazón humano en formol para sustituir el dañado… ¡Y todo por ese hecho tan trivial de evitar un castigo escolar!

—Entonces lo que yo veo, las visiones, ¿son los deseos de ese iniciado?

—Los deseos de su corazón, ni más ni menos. Ese hombre debió morir antes de verlos realizados pero había alcanzado a grabarlos como sigilo en su órgano vital. El corazón se ha movido por ti. Sólo a ti te pertenece. ¡Cómo me gustaría verlo! Pero sé que no funcionaría en mi presencia. Eres un privilegiado. Ahora, acepta lo que se te da y fluye…

El hombre busca entre los estantes superiores, coge otro libro muy antiguo y sopla el polvo que se acumula en sus páginas.

— La piel del aura de Craspare. Lee este libro cuando lo necesites, tú sabrás cuándo será eso. Aquí se describe la manera de tatuar un sigilo en el aura o en los órganos vitales. No se trata de algo fácil y puede llevarte mucho tiempo aprenderlo. Con esta lectura estarás saltándote varios grados intermedios… Los evos me perdonen por esto, pero has sido escogido para vivir una vida ajena: necesitas ayuda y yo te la puedo proporcionar. No tengo a quién heredar mi conocimiento. No tengo un hijo. Ojalá algún día tú tengas hijos y puedas transmitirles el arte del sigilo. Recuerda una cosa siempre: cuando escribas tu testamento ordena que tu cuerpo sea sepultado sin embalsamar. Si algo sale mal y mueres antes de que los sigilos cumplan el destino para el que han sido cargados, debes asegurarte de que continúen intactos, como el corazón en el frasco. Es la única forma de que los sigilos lleguen a ser en el mundo y que otro pueda hacer uso de ellos si su primer detentador ha perecido.

El parapsicólogo corre las cortinas de la biblioteca. La luz entra y le lastima los ojos. La secretaria abre la puerta.

—Señor Senador, su prometida…

—Que pase —dice él, sonriendo.

—Querido, me gustaría que Estela me acompañe esta tarde a elegir el vestido. ¡Por favor!

—Estela, ¿quiere hacernos ese favor?

La secretaria contesta, emocionada:

—¡Claro que sí! Estaré encantada de acompañar a la señorita.

En un gabinete secreto esconde el frasco con el corazón en el fondo, detrás de unos libros antiguos y valiosos. Cierra las puertas y desliza encima la pintura original, enmarcada, de un pintor muy cotizado. El ruido que proviene de la sala le avisa que ella ha llegado. Deja la biblioteca y la recibe con un beso en los labios.

—¡Hola, amor! —dice ella—. Recuerda que hoy cenamos con papá.

—Sí, nena, no lo he olvidado.

—Creo que se te cumplirá tu deseo de ser embajador en lo que fue la antigua Persia.

Él la mira con sorpresa.

—¿Qué, acaso no lo deseabas?

—No es eso, es que… ¿Qué pensarías si te dijera que es cierto que alguien puede vivir para ver realizados los sueños de otro… pero siendo ese otro?

—Que no entiendo lo que quieres decirme. ¿Estás muy ocupado? Necesito que me ayudes con unas cosas.

La ayuda a cargar cajas con cosas recién compradas.

—¿Te conté que alguna vez yo estudiaba Medicina? ¿Te lo conté? ¿Que casi de la noche a la mañana aprendí a hablar varios idiomas, que pasaron años en un solo día, que llegaste tú, que me nombraron Senador, que nos casamos, que yo estoy durmiendo en la cama de mis padres, allá en México, y que aún guardo un corazón humano, muy especial, conservado en formol desde esos viejos tiempos que apenas sucedieron ayer?

—Varias veces me has hablado de tus tiempos de estudiante. Sí. Pero no concibo que el futuro Presidente de la República viva en el pasado.

—¿Presidente de la República?… Hace unos minutos era un senador, apenas. Ahora soy un candidato a la presidencia. Y tú no has envejecido. Es como saltarse años enteros en el calendario. Los días no necesariamente siguen a las noches.

En la noche, abre el gabinete. El corazón está latiendo aprisa y el sigilo se hace visible. Lo mira latir en el frasco que sostiene entre las manos. Flota en medio del líquido tan claro como el agua de un estanque en la mañana.

—¿Es cierto eso? Había dos deseos encerrados en el sigilo grabado en ti. Los deseos de tu dueño: ser un embajador y casarse con la hija del presidente del país. Ahora entiendo que, durante la consecución de los deseos, ocurran sucesos alternos, accidentes, como esos daños colaterales que manejan los militares. ¿Acaso hay un tercer deseo? ¿Y cuándo ocurrirá?

Las felicitaciones de los dirigentes de varios países del mundo no se han hecho esperar. El flamante y joven presidente electo ha decidido retirarse esta tarde con la hermosa y futura primera dama a su casa de…

Están abrazados ante la pantalla mural de televisión, sentados en un sofá.

—Canal 54 —ordena él. La pantalla cambia de canal automáticamente, al mando de la voz. Una conductora conversa con su compañero ante la fachada luminosa de una mansión.

La futura Primera Dama me confesó algo maravilloso y me autorizó para comentarlo ante las cámaras: está esperando un bebé…

—Te amo —susurra ella en su oído.

Me ha dicho: es como si todo esto fuera un sueño… En la pantalla, la conductora es toda sonrisas, como quien ha contado un chisme o un secreto.

—Es como si todo esto fuera un sueño —le dice ella, antes de besarlo en los labios.

Sucesos alternos, como los daños colaterales…

Asfixia perinatal. No comprende el término médico. No lo quiere comprender. El médico y el presidente se miran. El bebé se ha asfixiado

dentro del cuerpo de la madre. El médico le explica una vez más, nervioso. Luego, él, como un sonámbulo, deja a su esposa en el hospital. Va a casa. Ordena furioso a la escolta que lo sigue que lo dejen solo. Que respeten su dolor. En casa, abre el gabinete secreto. Extrae el frasco.

—¿Puedes hacer algo más por mí? ¿Puedes hacerlo? ¡Por favor! ¡Me has dado un reino pero no tengo un príncipe!… ¡Por favor!… ¡Haz que viva! —Y siente que se desgarra por dentro. Llora. Babea sobre la ropa. Un sollozo se alarga en su interior y luego le surge lento y agónico. Está inmerso en un melodrama que no le correspondía vivir pero que está viviendo.

Espera una revelación proveniente del corazón pero el corazón permanece inmóvil. Hunde la mirada en el frasco pero el órgano flota en el líquido claro, muerto, descolorido. Cambiado. Lleva el frasco a la cocina. Aprisa. Abre la tapa de madera que está sellada con cera. Vacía el líquido en el fregadero. Un aroma a especias, a miel y agua fresca inunda la cocina. El corazón queda en el fondo del frasco. Coge un plato y lo vacía ahí.

—¡Un deseo solamente! ¡Uno! ¡Quiero a mi hijo de regreso! Lo quiero vivo…

El corazón está muerto. Coge un cuchillo. Corta con furia el músculo, pero dentro no está el sigilo. Hunde los dedos e intenta abrirlo. Lo taja a la mitad. Sabe que no sirve de nada. No sirve ya ese acto desesperado, ese corazón muerto que huele a especias. Sabe que los deseos han sido cumplidos. Que la carga se ha agotado. ¿Es hora de despertar? ¿Y por qué, si ni siquiera ha pedido soñar? Ahora no quiere abandonar el sueño. No quiere abrir los ojos.

Su esposa es un espectro que no duerme por las noches. Tampoco duerme él. Ocupa el tiempo que debería ocupar en dormir —tras las obligaciones de hombre de Estado—, en leer el libro que el parapsicólogo le entregara tiempo atrás, en una vida que parece que jamás ocurrió… ¿Atrás, cuántos años? ¿Y por qué los años parecen días en realidad? Porque son horas. Son días. Son sueños ajenos.

Lee. Practica. Aparece en televisión. Lee. Habla ante el Congreso. Practica. Viaja a otros países. Lee. Traiciona la confianza de los ciudadanos. Practica. Cambia las leyes de la Constitución. Lee. Vende un poco más el país a los extranjeros. Practica… Aprende cómo tatuar un sigilo en su propio corazón.

El mago sentirá una descarga en el alma, similar a un torrente de luz. Entonces sabrá que el sigilo ha sido grabado en uno de sus órganos vitales. Aquel que ha escogido para tal fin.

Cierra el libro. Lo guarda en la bolsa de cuero. Se echa la bolsa al hombro.

—Estoy listo. Avisa al chofer —cuelga el teléfono y la observa ahí, ante la televisión—. Hoy tienes una visita a un asilo de ancianos, ¿no? Debes levantarte ya de ese sofá, querida, porque pronto pasará nuestro llanto.

—Hoy no. Ya dejé dicho a alguien que me sustituya en esa visita y las que vengan.

Ella no deja de mirar la pantalla, no cambia de posición. Es una estatua insensible, o tan sensible que ya no quiere sentir.

—Muy pronto tendremos lo que hemos deseado —susurra él, desde la puerta, antes de cerrarla de modo que ella no escuche—. No otro. Él, el hijo que hemos perdido, el que tú quieres que vuelva, el que yo deseo que vuelva. Si la magia sirve para algo es para encadenar almas…

Se dirige al auto. Tres oficiales lo alcanzan en el jardín y lo escoltan.

—Habrá cámaras de televisión ahí —les comunica a los militares—, manténganse cerca de manera discreta.

Mientras el chofer conduce, él continua leyendo en el asiento trasero. Un torrente de luz en el alma, un torrente de luz… Un torrente… Un fluido más ligero que la sangre pero más espeso…

—Este campo de tiro automatizado, Señor Presidente, cambiará el concepto que tenemos de la eficiencia al disparar un arma. Jamás el dicho donde se pone el ojo se pone la bala ha sido más certero.

Un torrente de luz. La confusión. Más ligero que la sangre. El correr de hombres armados. Un fluido. Una sirena. Cuando cae de rodillas, empapado en sangre, manando rojo, ve un torrente de luz que lo envuelve. Pero más espeso…. No hay dolor. Pensar el deseo y de inmediato llevarlo al subconsciente donde será olvidado, sepultado bajo las capas de pensamiento. Un torrente de luz. ¿Algo ha salido mal? Y ¿por qué? Pero más ligero que la sangre…

Como Hombre de Estado, un funeral de Estado, el más vistoso de la historia del país. Ayer, el Presidente fue herido de muerte en una práctica de tiro. Primero había perdido a su hijo, ahora el Señor Presidente pierde la vida. Uno de los presidentes más queridos. Uno de los presidentes más controvertidos, de quien se rumoreaba que practicaba la Magia Negra. La viuda ha ordenado que su cuerpo sea sepultado sin embalsamar, en una tumba sencilla, según un deseo que el Presidente había expresado…

Una noche, cuando el mar agitado de la política se calma, el parapsicólogo trepa las rejas del más lujoso de los cementerios. Busca la tumba reciente y se pone a cavar. Se hunde hasta las rodillas en el ataúd abierto. Extrae el bisturí y abre el pecho del presidente muerto. Aparta las costillas con un retractor. Localiza el corazón. Con cuidado, corta las arterias, las venas, lo separa de la cavidad y lo coloca en un frasco con un líquido que huele a especias. Lo mira una vez más. Mira cómo late. Mira cómo se dibuja el sigilo en su superficie. Sonríe. Lo guarda en una bolsa de cuero que se echa al hombro. Y se dirige hacia la salida.

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo Las cinco grandes utopías del Siglo XX en la web española Alfa Eridiani.

Hemos publicado en Axxón, además de varias ficciones breves: EL HOMBRE EQUIVOCADO, EL OTRO MESÍAS, NOCHES DE BANTIAN, LA NOCHE DE TEMPOAL, AHÍ FUERA, DESPOJOS, ASÍ PERMANECE HERMOSA LISA MARIE (ANTICUADA CANCIÓN PARA SONÁMBULOS), UNA MUERTE EN CASA, UNA PEQUEÑA MENTIRA, LAS ENSEÑANZAS DE GAN BAO y LA IMPRONTA.

ePUB

Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**